

IMÁGENES DE GALDÓS EN LA PRENSA ENTRE DOS SIGLOS

Cecilio Alonso

Las relaciones de Galdós con los medios periodísticos a lo largo de su vida nos ofrecen una doble perspectiva. La primera corresponde a su actividad como redactor de diversos diarios y revistas en sus años de aprendizaje, entre 1865 y 1873, labor en buena parte anónima, desde *La Nación* a *Revista de España*, a la que se suman sus maduras correspondencias para el diario *La Prensa*, de Buenos Aires a partir de 1883.¹

Bajo la segunda perspectiva se oscurece el periodista y se agiganta la imagen pública del escritor como materia noticiable, que comienza a adquirir consistencia a partir de su incursión en el mundo del espectáculo teatral (1892). Si la primera fase estuvo marcada por las urgencias de la actualidad noticiera, los escasos artículos firmados en su madurez se caracterizaron por su contenido doctrinal, y por la tendencia a aparecer en medios de agitación intelectual y circulación restringida (*Electra*, *Alma española* o *La República de las Letras*). Esto último no reza con sus abundantes discursos y cartas políticas que, desde comienzos del XX, tuvieron cumplida repercusión en periódicos de gran tirada.

Galdós nunca pudo prescindir de la prensa, 1º, porque la necesitó activamente como sujeto de su propio aprendizaje de escritor para adquirir la experiencia necesaria que le permitiera acreditarse en la sociedad literaria; y 2º, porque la necesitó más tarde para captar lectores, como medio publicitario de su obra, aunque en ocasiones se quejara de reseñistas y críticos.

El éxito de *Episodios* y novelas lo alejó de la práctica periodística de modo tan radical que no deja de sorprender.

Si hemos de dar crédito a sus interesadas confesiones en el prólogo a *Los condenados* (1894), Galdós habría sido un periodista escarmentado por el sarampión banal de su propia impertinencia juvenil, que acabó buscando “en la reflexión y el trabajo la senda verdadera”² antes de que la “fiebre informativa” agotara toda la savia intelectual de la prensa revolucionaria.

Fue periodista a título oneroso en sus inicios, cuando los periódicos políticos “eran pobres y de milagro vivían”. Se retrajo cuando los principales diarios españoles se consolidaban como empresas y comenzaban a estar en condiciones de retribuir a sus colaboradores adecuadamente. Entonces ni se alistó en las agencias que distribuían material literario, ni se unió a la extensa nómina de contemporáneos —como *Clarín*, Castelar, Valera o Pardo Bazán— que dignificaron el trabajo periodístico con sus colaboraciones y establecieron el prestigio de la firma literaria al tiempo que redondeaban sus ingresos. Él, en cambio, se emancipó del oficio para entregarse por entero al arte de novelar. Cedió, es cierto, en los años ochenta, a instancias del mencionado diario bonaerense, que le ofrecía honorarios muy superiores a los que podía esperar de los periódicos españoles³ y le propiciaba una visión más distanciada de los sucesos comentados.⁴ Quizás, al evitar el mercado interior, evitaba presiones ambientales directas pero también eludía el riesgo de verse en la obligación de producir a

destajo las mercancías literarias de mayor demanda en la prensa durante los últimos decenios del siglo —crónicas y cuentos—⁵ en perjuicio de su obra novelesca.

Pérez Galdós en los géneros periodísticos de su tiempo

El periodismo unipersonal del XVIII, que algunos consideraron un nuevo género literario en sí mismo, se convirtió a partir de la revolución burguesa en campo de confluencia de géneros, modos de escritura e intereses diversos que se amalgamaban bajo la imperativa presión de la actualidad y la concisión. La prensa del XIX había desarrollado géneros propios ligados a la actualidad (fondos, sueltos, gacetillas, artículos de costumbres, crónicas o correspondencias), al tiempo que forzaba la readaptación de los géneros literarios preexistentes (novela —seriada en el folletín—, leyenda, cuento, poesía, crítica o diálogo escenificable). A finales del siglo Valera pudo concluir con aplastante sentido común, en la recepción académica de *Fernanflor* (noviembre de 1898), que el periódico era un medio donde todo cabía. Al margen de su origen periodístico o literario, los géneros se invadían recíprocamente produciendo textos donde la actualidad se fundía con una nueva retórica funcional para llegar a nuevos públicos.

En su primera época Galdós se había entregado a la escritura periodística en todas sus manifestaciones sin desdeñar exigencias formales. Probó todos los géneros. Superó el artículo costumbrista de tipos y escenas, conservando sus técnicas descriptivas generalizadoras; elaboró vigorosas “galerías” de retratos —“Figuras de cera” y “Españoles célebres”— género biográfico secularizador de la hagiografía, ensayado en 1849 por Fernández de los Ríos para divulgar modelos civiles de conducta progresista; escribió pocos cuentos aunque innovadores,⁶ resistiéndose durante años a editarlos en libro; en cambio, tardó menos en coleccionar sus artículos del subgénero que Jesús Rubio Jiménez⁷ ha denominado “impresiones de viaje”, en *La casa de Shakespeare* y en *Memoranda*. También practicó ocasionalmente la crítica, musical y literaria... Pero su banco de pruebas más constante fue la variedad matriz de la crónica periodística conocida como “Revista”, espacio fijo condicionado por su frecuencia temporal —*de la semana o de la quincena*—, por su referencia espacial —*de Madrid*— o por su materia —*musical, dramática, etc.*— que, a mediados de siglo, se afianzó particularmente en publicaciones pintorescas y en *ilustraciones* con el fin de resumir selectivamente acontecimientos acumulados por la actualidad entre números.

De las primeras “Revistas de la Semana” aparecidas en el *Semanario Pintoresco Español* de Vicente Castelló y Navarro Villoslada⁸ se extraían dos lecciones de larga andadura: 1ª la necesidad de leer entre líneas las oscuras alusiones políticas que se podían deslizar en el texto, y, 2ª, el reconocimiento de lo efímero como regla de la modernidad. Pero en su formulación material (poco más de tres mil caracteres de imprenta)⁹ la nota definitoria la daba el contraste social que cobraba calidad objetiva de representación inmediata y dinámica de la realidad por gracia de su actualidad. En la primera *Ilustración* (1849-1857) de Fernández de los Ríos, y en *La semana* (1850-1852) de F. de P. Mellado, la sección adoptó sucesivamente las rúbricas de “Revista de Madrid”, “Crónica de la semana”, “Historia de la semana”..., o se fragmentó en secciones de teatro, musicales, de crítica literaria, sucesos, modas, Revista de París, Revista universal... Fue en *El Museo Universal* de Gaspar y Roig, donde se consolidó el género,¹⁰ coincidiendo ya con los años de aprendizaje de Galdós que pudo heredar una variada tradición de procedimientos delimitadores de su trabajo. Las “Revistas de la Semana” pasaron a los diarios cuando algunos de éstos, con ánimo de diversificar la lectura y remediar la escasez de noticias políticas en los fines de semana, decidieron dar un sesgo más reflexivo-recreativo a las ediciones dominicales, o lanzar publicaciones asociadas con formato reducido que se

distribuían a los suscriptores gratis, o mediante un pequeño recargo en su abono, caso de *Las Novedades* —con la *Revista del Movimiento Intelectual de Europa*—, pero también de *La Iberia*, *La Discusión*, *La Nación*.

Otras publicaciones de pequeño formato, poco frecuentadas, eran los *Almanaques* que algunos diarios sacaban por año nuevo en el decenio de los sesenta. Mucho se ha especulado acerca de Galdós y *Las Novedades*. Leo J. Hoar estudió minuciosamente su labor en la *Revista del movimiento Intelectual de Europa*, publicación asociada a dicho diario liberal como suplemento dominical, pero no pudo documentar fehacientemente la actividad que le atribuyeron Hartzzenbusch y otros¹¹ en la redacción del periódico progresista, fundado por Fernández de los Ríos en 1850, y dirigido en 1865 por Francisco de Paula Montemar. M^a Pilar García Pinacho ha probado que dicha vinculación existió hasta el 16 de enero de 1868, fecha en que se comunicó a los lectores que Benito Pérez Galdós dejaba de ser redactor de *Las Novedades*.¹² Este diario —como otros progresistas y demócratas— estuvo suspendido entre junio de 1866 y enero de 1868, pero hay indicios de que el joven periodista simultaneó sus actividades en *La Nación* y en *Las Novedades* antes de 1866. Un dato nuevo viene en abono de tal posibilidad. Galdós firmó su fisiología alegórica “La rosa y la camelia” en el *Almanaque de Las Novedades para 1866* (publicado en diciembre de 1865),¹³ tres meses antes de que el artículo apareciera fragmentado en dos números de *La Nación* (10 y 13 de marzo de 1866).¹⁴ El impulsor de dicho *Almanaque*, Felipe Picatoste, que —como es sabido— era también el responsable de la revista dominical del periódico, contó con la colaboración de José Plácido Sansón, Nemesio Fernández Cuesta, Ventura Ruiz Aguilera y Miguel Mathet, entre otros. La firma de Galdós en este *Almanaque*, aparte de confirmar su proximidad a la redacción de *Las Novedades* en 1865, permite comprobar la reciprocidad del reciclaje de textos entre *La Nación* y la revista dependiente de aquel diario, por lo que cabe suponer, ampliando las conjeturas de Hoar,¹⁵ que Galdós atendía por igual a las dos empresas periodísticas en las que hacía sus primeras armas.

Quizás también convenga considerar la hipótesis de que Galdós —aprovechando su experiencia anterior en la *Revista del Movimiento Intelectual de Europa*— contribuyera a impulsar el suplemento dominical que con el subtítulo de *Edición literaria*¹⁶ publicó *La Nación* entre el 5 de enero y el 12 de julio de 1868 (núms. 639 a 822), sustituyendo a la edición ordinaria de contenido político. El editor responsable del suplemento era el de *La Nación*, José García, y el administrador, José María Faraldo, poseía la titularidad de la imprenta donde se tiraba el periódico. Como reza en la entradilla del primer número (“Aquí estamos”, 5-1-1868) era aquella una “edición de traje corto” a la moda del momento, es decir diferenciada por su menor tamaño (reducción al 73% del diario), cuyas cuatro páginas a cuatro columnas contenían varias secciones: la habitual “Revista de la semana” (firmada por B. Pérez Galdós hasta el 7 de junio, y por J. de A. el último mes); “Galería de figuras de cera” (el retrato ya ensayado en la primera época del diario, sin firmar, pero atribuible a Galdós); la corta serie del “Manicomio Político social” (concebida como bocetos neo costumbristas), y cuentos o fantasías firmadas, como “La conjuración de las palabras”; la sección “Teatros” (firmada por *Emilieto*, seudónimo de Emilio Nieto,¹⁷ autor también, entre otros artículos, de una breve serie de “Cuadros de la vida social”, 16 de febrero a 1 de marzo); la narración, que suple al folletín, incorporada a las columnas de la 3^a página (Karr, Méry, Pigault-Lebrun, Murger, Veron... con la significativa presencia de E. A. Poe que todavía resultaba gran novedad pues entonces apenas se contabilizaban tres ediciones suyas en España. Anónimas eran las secciones “Diálogos al aire libre”, “Sala de varios” (gacetillas y chismografía sin firma), “Charada”, “Bolsa” y cartelera de Espectáculos (las dos últimas, secciones fijas del diario). La “Revista

científica” que también publicaba *La Nación* en folletín, nunca se insertó en esta edición literaria dominical, señal de un concepto restringido de lo literario.

Me parece interesante contemplar esta secuencia de la producción periodística galdosiana de 1868 desde la perspectiva contextual de un suplemento en el que llegó a escribir dos o tres secciones semanales. ¿Permite sospechar su responsabilidad primordial el hecho de que, un mes después de desaparecer su firma, se extinguiera también el suplemento al no poder mantener la “amenidad” deseable?¹⁸ ¿Dependía la amenidad de su aportación? Resulta sugestivo suponer que Galdós, quizás en colaboración con Nieto, sostuviera durante cinco meses la iniciativa como un proyecto coherente, porque ello lo situaría como destacado precursor de los modelos posteriores de los Fernández Flórez, Ortega Munilla o Escobar, en *El Imparcial* o en *La Época*. El peso de la redacción recaía sobre dos únicas firmas fijas, Galdós y Nieto (o *Emilieto*). Otro seudónimo como *El paseante en Corte* (“Paseos por Madrid”, 1-3-1868) se le podría atribuir a Galdós por ser cliché de su repertorio (utilizado p. ej. en “Rura”, 1902); más arriesgado sería suponer que también le corresponda el de *Un mal aprendiz de novelista*, al pie de una inverosímil “Historia de un amor desgraciado”.

En los periódicos diarios podía coexistir una “Revista de la Semana” con otras musicales o teatrales. El alcance temático de estas revistas carecía de límites. Sin ir más lejos *Las Novedades* en 1865 ofertaba ocho revistas semanales, aparte el folletín que concentraba novelas y relaciones históricas. Eran revistas de tribunales, teatros, bibliografía, agricultura, instrucción pública, minas, mercados e intereses materiales.

Las “Revistas de la Semana” sintetizaban todas las materias. El mismo Galdós, en 1872, desgranó un inventario que contenía más de una docena de asuntos que les eran propios, sin excluir “algo de murmuración”.¹⁹ Pero por debajo de la evidente pluralidad temática de dichas *Revistas*, había también una pluralidad tipológica, que importa tomar en consideración porque constituye un indicador instrumental de las variadas opciones que este género polivalente ofrecía a Galdós en aquellos años de formación. Estos tipos, que podían alternarse, pero también combinarse en un mismo artículo, se definían, a) por su alcance, universales, nacionales o locales; b) por su campo de atención, generalistas o extensivas, y particulares o restrictivas; c) por su actitud ante la materia informativa, objetivas o evasivas, d) por su modalización expresiva descriptivas, narrativas o anecdóticas y líricas, y e) por el procedimiento de examen, analíticas o sintéticas.

Galdós publicó sus artículos bajo diversas rúbricas —“Revista musical”, “Revista de Madrid”, “Revista interior” o “exterior”, “Bibliografía” [crítica], “Variedades” [creación]— pero, como antes dije, la más frecuente fue la de “Revista de la Semana”, que en su primera época de *La Nación* (1865-1866) se insertaba en el espacio del folletín (o folletón corrido), compuesto a cuatro o más columnas sin compaginar en la falda de la primera plana, reservado habitualmente a textos seriados. A dicho espacio se refería²⁰ cuando comparaba las fatigas de escribir “folletines” con las del periodista noticioso, en un tono de confesión meta periodística, donde se ve la conciencia que tenía de su oficio, pero también se barrunta que ya aspiraba a desarrollar otro género de escritura.²¹

Triste es la suerte del esclavo de la noticia, del que consagra todas las horas de su existencia a la recolección, más o menos fácil de mentiras creíbles y de verdades inverosímiles; pero la suerte del que vive atado a un folletín es mucho más dolorosa. [...] La noticia es un juego; pero el folletín es una tiranía de las más horribles. Esclavo

de una semana, vive sujeto a todos los caprichos de su ama. Espía todos sus actos, sorprende todos sus secretos, lee en sus ojos, adivina e induce. Tiene que ser lo que ella es, aunque es después de ella. La representa, la refleja y la solemniza; porque es el testamento escrito de aquellos siete días que pasaron, el acta pública de los hechos que le dieron vida y carácter en la serie del tiempo. Pues bien: cuando la semana es fecunda, el folletín es fácil y espontáneo, cuando la semana es estéril, el folletín es dificultoso y árido...²²

Es inevitable complementar esta declaración con cierta llamada a la inteligencia del lector, en su primera “Crónica de la quincena” en *La Ilustración de Madrid* (1872) donde ofrecía una visión oblicua de la función del revistero para cuestionar el convencionalismo del género mediante una simulación auto-irónica sostenida en la premisa de que en sus manos estaba el “falseamiento de la verdad”, lo que no significaba caer en la mentira. Imaginaba la cara del lector cuando viera que aquella crónica sólo contenía “hechos y nada más que hechos, [...] sucesos, fríos, desnudos e insípidos, hijos de la observación”, en lugar del “vuelo siempre atrevido y majestuoso de la fantasía del poeta”. Acaso aquí esté la clave íntima del joven periodista: un cronista que no renunciaba a ser poeta.

“Revistas de la semana” y “Correspondencias” fueron dos formas genuinas del periodismo decimonónico que Galdós trató de potenciar informativa y literariamente, probando de manera práctica la interacción de los géneros dentro del periódico. En el aspecto formal tienen en común un punto de vista dialogante, donde los viejos tics de la comunicación retórica ponen de manifiesto la constante voluntad de evitar el soliloquio. Pero es que en Galdós desde el principio, ideologías aparte, se advierte esa voluntad de estilo que Juan Marichal considera esencial en todo proceso ensayístico. En sus revistas de *La Nación* lejos de limitarse a acumular gacetillas anodinas, mero inventario noticiero, como hacían muchos colegas, concibió textos coherentes donde la estructura expositiva y el estilo, adaptados a los contenidos que traía el tiempo histórico, tenían una pertinencia creciente, nada rutinaria. En estas revistas la actualidad y los géneros literarios se funden en un espacio común,²³ donde se difumina la especificidad de éstos al ser sometidos funcionalmente a referentes aleatorios e imprevistos, que agilizan cada párrafo mediante secuencias inverosímiles, alegorías o metáforas de vigorosa fuerza poética, contrapuntos discursivos... La voluntad de transfiguración se muestra en el texto resultante con toda su fuerza. Así, estos géneros periodísticos, sujetos a modelos convencionales, cultivados con prisa, y con el riesgo que imponía el definirse ante una actualidad apremiante, materializados bajo el dominio consciente de la forma, de la intención y del efecto, adquieren con frecuencia los rasgos vacilantes de un ensayo, que en algunos momentos traslucen la velada confesión de artista joven.

Con acorde insistencia, los revisteros solían lamentarse de no poder tratar los asuntos más trepidantes de la actualidad, por no ser de su competencia. En realidad, la “Revista” era un eco de la actualidad al que se le negaba la primordial función del periódico: el crear opinión, porque ésta ya se daba por formada. Se dirigían a un público convencido que conocía de antemano las noticias. La función primordial de las “Revistas” era el suscitar complacencia ideológica en los lectores a modo de resumen: de ahí la inferior agresividad funcional de los revisteros en relación con los editorialistas y fondistas políticos del mismo diario.

José Pérez Vidal dijo con razón que en la primera fase periodística del Galdós revistero (1865-1866) predominaba lo descriptivo, mientras que en la segunda (1868-69) se añadía, a una escritura de mayor calidad, una intención más general que conducía a la crítica social de

los hechos que comenta.²⁴ Nada más cierto. En esta línea logra Galdós revistas tan magistrales y conocidas, como la del 1 de marzo de 1868 que se abre con la demorada descripción de una máscara carnavalesca en clave terrorífica, deshecha por la inesperada protesta de un lector erigido en portavoz del nuevo gusto llano:

¡Jesús qué miedo!

Basta ya de máscaras sepulcrales. Ya pasó el tiempo de la literatura fosfórico-terrible. Deje usted la luz del azufre para iluminar los mal embadurnados telones de un teatro de aldea. Cuando cojo este periódico y lo leo, esperando encontrar en él una reseña de los acontecimientos festivos de la semana, algún artículo de inocentes y picarescas costumbres, alguna gacetilla mordaz, me viene usted con esos trozos del género romántico-insoportable, con ese *clair de lune empaillé*. Hombre: por amor de Dios, tenga usted juicio, y déjese de imágenes y cuadros del género churrigueresco.

La reprensión que el lector me dirige desde lo alto de su augusta cátedra de suscriptor y público, me hace arrepentir de aquellos excesos melodramáticos. Renuncio a las detenidas y minuciosas investigaciones que me proponía hacer sobre el significado y el sentido simbólico de aquella máscara; pero en cambio expondré los diversos y curiosísimos comentarios que los que las vieron han hecho de su aparición y aspecto.

La parodia de una encuesta, método para legitimar la observación de la realidad sociológica, le permite cerrar el artículo con una extensa alegoría caótica que acaba precipitándose como una letanía satírica con rasgos caricaturescos, en que cada opinante ve en el referente ‘máscara’ el símbolo de su contrario: *la muerte* para un gozador de la vida —definido, no obstante, como pesimista—; *el liberalismo*, para un absolutista; *la oposición*, para un ministerial; *el libre examen* para un neo; *el absolutismo* para un liberalazo; *el galiparlismo* para un académico de la lengua; *el alza* de los fondos para un jugador a la baja; *el incendio* para un agente de seguros; *la homeopatía* para un alópata; *la salud* para un boticario, etc.

Pero también hay en la primera época de Galdós en *La Nación* (1865-66) pasajes de intención social poco habituales en el marco revistero. Baste recordar su patética visión de los trabajadores que en Gerona se morían “de hambre por falta de jornales”, o de los que en Valladolid se lanzaban al bandolerismo cansados “de esperar el pan de cada día”, en contraste con el sarcasmo del cortesano manirroto que era “colocado en un alto puesto donde se aburre recibiendo monótonamente una rentita de 50.000 rs.”.²⁵ Aunque hoy nos pueda parecer un impulso transgresor propio de la poca edad, no es gratuito ni falto de pureza, porque respondía a una motivación utópica, optimista, que fue la base de su compromiso cívico a lo largo de toda su vida. El procedimiento literario bien podía seguir las huellas satíricas de *Fígaro* —¡qué mejor modelo!—, pero Galdós añadía una causticidad propia, ajustada a las circunstancias represivas, que lo legitimaba. No eludía las causas generadoras de conflictos, como la crisis monetaria que determinó la decisión gubernamental de desamortizar los bienes del Real Patrimonio, origen de las destituciones académicas, que provocaron los desórdenes de la noche de San Daniel. De todo esto, como sabemos, no solían hacerse eco los revisteros de los “apolíticos” semanarios ilustrados, pero él lo intentaba porque estaba ideológicamente predispuerto y tenía asumido el credo democrático.

No empaña aquellas primeras visiones sociales galdosianas el hecho de que en 1872 se atenuaran en sus revistas “de la Quincena” en *La Ilustración de Madrid*, como ya observó Hinterhäuser.²⁶ El Galdós de *La Nación* era fresco y agresivo, como quien escribe luchando por algo aún no logrado. En cambio, transformado en cronista de la quincena, con siete años más a las espaldas y viviendo con garantías constitucionales, podía condenar la sublevación carlista como defensor del orden establecido, aunque su periódico no fuera político.²⁷ Esta sensación irrenunciable de estatus conquistado se acusa todavía más en los abundantes prejuicios del cronista cuarentón de *La Prensa*, que al autodefinirse liberal, se integraba de hecho, no sin contradicción, en el sistema político de la Restauración, rechazando o denigrando a demócratas de 1868 y a republicanos de 1873 —al tiempo que su narrativa alcanzaba la máxima madurez artística y libertad crítica ante dicho sistema—.

Pero volvamos a 1865. Mientras aquel joven simpatizante de Prim y de los conspiradores demócratas antes de la revolución, se las ingeniaba para mantener variedad e interés en sus revistas de *La Nación*, en el contexto inmediato hubo dos periodistas moderados que sucesivamente (1865-1866) desempeñaron similar cometido en la *ilustración* más prestigiosa del momento, *El Museo Universal*. Uno era el carlista León Galindo y Vera. Casualidad que estuviera destinado a precederle en el sillón N de la Real Academia y que, por ello, hubiera de elogiarlo con formularia parquedad en su discurso de recepción, en 1897.²⁸ El otro fue Gustavo A. Bécquer. En dos medios de distinta naturaleza (diario e ilustración) Galdós trabajó paralelamente con Galindo en 1865, y con Bécquer en el primer semestre de 1866.

Galindo era un cronista anodino que evitaba conflictos dispersándose en asuntos extranjeros. Sólo en una ocasión hubo de modificar su esquema, con notorio desconcierto, dedicando el 60% de su revista a política nacional. Fue en el número posterior a los sucesos de la noche de San Daniel, correspondiente al 16 de abril de 1865. Y lo hacía sin ironía, sin la menor alusión al origen del conflicto, en una revista cuyo mayor lujo literario consistía en calificarla de “fúnebre”, asociando represión estudiantil y Semana Santa. Galindo pasaba sobre ascuas por los hechos para apresurarse a registrar la vuelta a la normalidad en términos de participación religiosa:

Por fin la tranquilidad quedó completamente restablecida el martes, y los templos han sido insuficientes para contener al piadoso concurso que el Jueves y Viernes Santo han acudido a conmemorar los terribles y dolorosos misterios de la redención del hombre y de la muerte del Señor, sin que hayamos tenido noticia de que el menor desmán haya turbado la santidad de actos tan religiosos.

Galdós, en cambio, iba más allá en la irreverencia alegórica, en el punzante sarcasmo hacia personas y en la sublimación de “la sangre derramada”. Dominaba el conjunto la imagen de una descomunal batalla entre “el pito y la bayoneta [...] en las barbas de Jesucristo”. El tiempo simbólico del dolor litúrgico se fundía con la imagen patética del dolor factual del pueblo herido por la intemperancia gubernamental, que respondía a una “travesura estudiantil” con “el suave correctivo de las balas”, poniendo al inofensivo “pueblo” con la caña entre los brazos, escupido y coronado de espinas. Los gobernantes españoles sólo podían esperar la “absolución espiritual” del P. Claret, el mismo que ya les venía concediendo “la absolución política” a diario. Basta con estas muestras para apreciar la vigorosa retórica que sustentaba el estilo poético-periodístico del joven Galdós, en su primer encuentro con la historia viva, como lo definió Pérez Vidal.²⁹

Tampoco dijo nada Galindo sobre el atentado fallido que sufrió González Bravo a finales de mayo de 1865. En cambio un Galdós, con descaro quevedesco, en su “Revista de Madrid” del 1 de junio, atacaba al gobierno por su impasibilidad ante “los cien mil mosquitos de la opinión pública”, atribuyendo a sus miembros que “habían nacido para cultivar la ciencia del estómago” y para dormir “el sueño de los injustos”. Acababa dando pábulo literario al rumor del atentado contra el ministro:

Dicen que se atemorizó de tal modo, que echó mano de la fuerza armada para poner en seguridad a quien se había atrevido a mirarle con más fijeza de la que era necesaria para imponer miedo a un ministro tan bravo.

Pero S. E. puede estar tranquilo y no desconfiar de un infeliz Erostrato, que quiso subir al templo de la inmortalidad por tan sangriento camino, y bien vale la pena de dejarse atravesar de parte a parte por morir como César y Lincoln. ¡Cómo hubiera sonado en el mundo esta catástrofe! ¡Qué magnífico himno entonarían las murgas oficiales! ¡Qué soberbia y estrepitosa melopea cantarían las hambrientas bocas de los paniaguados, al verse por la muerte de su patrono reducido a esa terrible orfandad política que se llama *cesantía*!

Pero es muy difícil morir a tiempo...³⁰

La comparación con Bécquer, más compleja y atractiva, todavía aguarda el estudio que Pilar Palomo³¹ anunció hace unos años sobre las revistas de actualidad publicadas por ambos en 1866. Ciertamente se trata de revisteros inusuales por el cuidado formal de sus escritos. Resulta extraordinaria la coincidencia en tan modesta ocupación periodística de quienes estaban llamados a ser el poeta y el novelista más representativos de su tiempo. Para Bécquer la “Revista de la semana” era un medio de supervivencia económica en un periodo de cesantía. Se plegaba a las servidumbres del oficio de escritor. Su labor era convencional, movida por la confianza en sus protectores políticos más que por las ideas moderadas. Como escribió Benjamín Jarnés Bécquer besaba las manos de sus favorecedores sin saber si estaban limpias. Alguien dijo que “sentía la democracia vestido de limpio” pero eludía toda rebeldía aunque supiera muy bien lo que se esperaba de su buen oficio: amenidad, brillantez, observación, ironía, espíritu moderno e inquietud nacional, todo lo que atribuyó a sus revistas de la semana Gamallo Fierros.³² Bécquer parecía huir hacia adelante, hacia “lo inexistente” donde situaba utópicamente todo lo bueno y verdadero, de manera que evasión y ansia de absoluto se confundían en su discurso. Veía la realidad como apariencia negativa, y la comparaba con “esas comedias de enredo, en que el autor se complace en burlar la perspicacia de los espectadores, ocultando los resortes a que obedecen sus personajes”.³³ Como periodista tuvo ocasiones suficientes para distinguir el alcance de las opciones políticas de su tiempo, y se acogió a la corriente más moderada por pesimismo. La impresión que sus textos transmiten corresponde a los valores del moderantismo: temor al desorden, inseguridad, pasividad, escepticismo político, esperanzas infundadas en la mejora de la situación material por acción de lo extraordinario, aceptación del destino, con una visión abstracta del progreso, y con el único desahogo perceptible de la exaltación patriótica ante las erráticas acciones de la escuadra española en la guerra del Pacífico.³⁴ Su ironía era escéptica y defensiva, la de Galdós, por el contrario, agresiva y activa. Éste escribía sus revistas, mal retribuidas, tanto por el impulso juvenil de escritor ávido de llegar al público, como por el deseo de servir a las ideas de progreso en las que creía, contribuyendo a crear opinión crítica. Le sobraba todo el optimismo político que a Bécquer le faltaba. En 1866 ambos eran dos asalariados de la pluma que aspiraban a la emancipación artística. Bécquer no lo consiguió.

Construcción periodística de la imagen tópica de Galdós

En 1889 *Clarín* observaba que el conocimiento público de Galdós estaba blindado por una sarta de tópicos periodísticos que dificultaban el conocimiento del escritor.³⁵ En realidad habían sido él mismo y Ortega Munilla quienes perfilaron la imagen de Galdós que abasteció a gacetilleros y publicistas durante mucho tiempo. En 1882, bajo la impresión de *La desheredada*, Munilla —en el primer número del semanario *La Diana* (febrero)—³⁶ y Leopoldo Alas en la lujosa ilustración mensual de *Arte y Letras* (diciembre) habían establecido que Galdós ya era un escritor nacional. Hasta 1889, año de su elección como académico, esta convicción no había hecho más que crecer, dentro de los límites urbanos en que podía discurrir la imagen pública de escritor en un país con un 70% de analfabetos, y cuyo ritmo de ventas —si no interpreto mal a Botrel—³⁷ respondía a una media mensual de unos 60 ejemplares por título antes de 1900. Años después Rodrigo Soriano fijaba en el estreno de *Realidad* (15-3-1892) el punto en que Galdós había traspuesto los límites entre la privacidad y la vida pública.³⁸

En 1882 los rasgos que Munilla destacaba eran su temple en las privaciones, su condición de efímero periodista que no recurrió al oficio como trampolín político porque detestaba las luchas partidistas, febril actividad literaria, laboriosidad, modestia, disciplina en el trabajo, capacidad de observación, vida retirada (no trasnochaba, ni iba a teatros), desdén por el aplauso necio... Trabajo, fecundidad, modestia verdadera y facilidad para interpretar el genio nacional, eran las virtudes que resaltaba *Clarín* en su valoración del novelista a finales de aquel mismo año de 1882.³⁹ A este ramillete de virtudes sin mácula, añadió en su folleto de 1889 algunos retoques de efecto fisionómico muy trillados por gacetilleros y entrevistadores hasta los primeros años del siglo XX. Para ellos Galdós fue inevitablemente alto, moreno, con el aspecto “de un benemérito comandante de la Guardia Civil, con su bigote ordenancista”. Su frente sugería genio y pasiones; los ojos, algo plegados en los párpados, penetrantes y tiernos, alentaban una inocente malicia de artista; vestía discretamente como si pretendiera pasar desapercibido y, sobre todo, era callado: no hablaba, prefería escuchar. Además, había en él una imprecisa religiosidad personal...⁴⁰

Tan ilustres fuentes facilitaron un repertorio de tópicos que adornaron variedad de semblanzas y entrevistas, a veces recompuestas con textos escritos del autor, como hizo el crítico argentino José León Pagano, cuando lo entrevistó a fines de 1900, poniendo en sus “labios largos”, bajo los bigotes de guardia civil, fragmentos de su discurso de ingreso en la Academia, y otros del esperanzado mensaje que había dirigido a la colonia canaria en Madrid unos días antes.⁴¹

Lo que nos indican los retratos —tópicos y breves— dispersos por la prensa en los últimos años del XIX, es la apropiación de Galdós como figura nacional en el arco mediático que iba desde la prensa liberal dinástica hasta la republicana radical. Un ejemplo significativo lo encontramos en las “Galerías” de personajes de actualidad —que él también había cultivado en sus tiempos de redactor—, encabezadas ahora por el retrato a plumilla del personaje elegido. El título de estas secciones solía tener fáciles connotaciones ideológicas. Nada más natural que la “Galería” de *El Resumen*, diario liberal dirigido por Augusto Suárez de Figueroa se titulara “Galería Nacional” (1889), ni que otra sección similar en *El Pueblo* de Valencia (del republicano Blasco Ibáñez) se presentara como “Galería Popular” (1897) (*figs. 1-2*). Galdós apareció en ambas, retratado en texto y en efigie. Más que comparar los rasgos coincidentes de estos y de otros “perfiles” similares lo que interesa resaltar aquí es que esta diferencia de matiz

entre la integración nacional españolista de don Benito, y su integración populista con fuerte carga social, bien pudiera servir para reforzar la hipótesis de que, entre ambas fechas —su elección como académico (1889) y su ingreso en la RAE (1897)—, Galdós se convierte en objeto intelectual compartido por dos sectores regeneracionistas diferentes: el liberal, de donde procedía el escritor, que no quería dejarlo escapar, y el radical que gravitaba sobre él por la amenaza carlista tras la derrota del 98, y por el incremento de la presión clerical sobre la sociedad civil. De ello hay testimonios de una amplitud desbordante en los periódicos del fin de siglo —críticas, entrevistas, noticias, gacetillas...—

Por otra parte la prensa —al filo de la resolución del pleito editorial en 1897— transmite la impresión de que la escritura de Galdós estaba cambiando de estilo y de ritmo de producción. Ante la aparición de *Misericordia*, el joven Jacinto Benavente, en la “Plana del Lunes” del castelarista *El Globo*,⁴² ironizaba sobre el desconcierto de un sector de la crítica ante los cambios que Galdós estaba introduciendo en su visión de la realidad:

Hay críticos, la mayor parte, *de espera*. No se atreven a pensar por cuenta propia; no a pensar, a sentir. El Pérez Galdós de ahora no es el de antes. ¡Caramba! ¡Nosotros que teníamos una porción de frases hechas para juzgar de cada una de sus obras! Ya no se puede repetir lo mismo de siempre. ¿Qué dirá Fulano? ¿Qué pensará Zutano de esta evolución? Esperemos. Lo cierto es que ni el público ni la crítica agradecen la nueva dirección del escritor. ¿Es culpa de éste? No, por cierto. En España es más difícil conservar el público que adquirirlo. La admiración, molesta; se busca un pretexto para romper la corriente admirativa. ¿El escritor produce poco? Diremos que está agotado, y tendremos pretexto para no leerle. ¿Es fecundo? Exclamaremos con indiferencia ante su cuarta o quinta obra: ¡Otro libro de X! ¡Hace falta una vida para leer las obras de este hombre! —Y tendremos pretexto para no leer el nuevo libro.

En efecto, si esto ocurría se le acabaría reprochando el trabajar como un burócrata, como había de hacer, en su reseña de *Mendizábal* en el *Heraldo*⁴³ Julio Burell, el periodista-político que, siendo gobernador civil de Toledo, recibía la visita literaria de los jóvenes intelectuales Martínez Ruiz y Baroja. El mismo Burell que, en marzo de 1904, tras el estreno de *El abuelo*, había de proponer un homenaje nacional para Galdós,⁴⁴ pero que en 1898 escribía:

Fríamente, demasiado fríamente va a llegar el Sr. Galdós, día por día y episodio por episodio, hasta Sagasta. Lamentémoslo cuantos admiramos a Galdós. El último episodio nacional debió ser su primera novela contemporánea: la maravillosa *Doña Perfecta*... Allí la historia y la poesía se dan el último beso, para no volver a encontrarse hasta que al correr de los años pierda la prosa su dominio natural sobre los hombres y las cosas.

En este juego de reflejos cambiantes que nos ofrece la prensa, era posible pasar en poco tiempo de la objeción a la adhesión entusiasta, como ocurría en el diario valenciano *El Pueblo*. En enero de 1895, se vituperaba el prólogo de *Los condenados* por considerarlo un “capítulo de cargos” del desagradecido Galdós contra una prensa que siempre lo había apoyado sentenciándolo a ser tratado en adelante “como cualquier otro autor dramático”, sin batir de palmas ni miramientos.⁴⁵ Poco después, el rechazo de *Misericordia* era exponente periodístico del modelo literario adoptado por los republicanos populistas que todavía aspiraban a asumir la defensa de intereses obreros. El 12 de mayo de 1897 Blasco Ibáñez, que ya había apostado por Zola con entusiasmo, publicó en *El Pueblo* una crítica de *Misericordia*

en la que se anticipaba a Burell en el prejuicio de un Galdós agotado, incapaz de producir obras dignas de su nombre, porque se alejaba de la receta social correcta, a saber: la imaginación del autor no debía modificar la observación del natural. Se perdía el tiempo escribiendo novelas de mendigos alucinados, cuando lo que convenía era escribir de los modernos pobres, los obreros inmersos en la lucha de clases:

Lo que interesa en esta época de luchas entre las reivindicaciones de los de abajo y la resistencia de los de arriba, es la novela del pobre, no del mendigo; del infeliz jornalero que trabaja sin librarse por esto de la miseria; que todo lo produce para no gozar de nada; que con el premio que recibe de sus semejantes no puede mantener su existencia, ni la familia que se ha creado por instinto natural e irremediable; que no pordioseca, sino que exige, pues la caridad voluntaria, la limosna bondadosa, es un insulto al hombre que, dando su cuerpo y su fuerza a la sociedad para su sostenimiento tiene el “derecho” a que ésta se sacrifique por él.

Esta es la novela digna de Pérez Galdós: la que hace tiempo está reclamando el surgir del mundo bajo su pluma, pero con sinceridad y sin miedo: la novela de los pobres.⁴⁶

Aquella intransigencia se disipó pronto sin que Galdós hubiera cambiado de rumbo. Apenas cinco meses después la mentada sección diaria “Galería Popular”,⁴⁷ le dedicó la columna del 18 de noviembre de 1897, devolviéndole la condición de novelista ejemplar y español, que a su modestia personal unía su talento y su laboriosidad:

Las generaciones venideras, con su espíritu de crítica, echarán abajo la obra literaria de muchos escritores que ahora pasan por eminencia; pero mientras España sea España, vivirán los *Episodios Nacionales*, *Doña Perfecta*, *El amigo Manso*, *Fortunata y Jacinta*, y otras novelas que hacen inmortal el nombre de D. Benito. [...] ¿Quién no le conoce en España? Con decir que es el primer novelista español de este siglo y el segundo después de Cervantes, está dicho todo.

A partir de aquí Galdós ya era hombre de la casa. En 1898, *El Pueblo* jaleaba su vuelta a los *Episodios*. El 22 de marzo, al igual que otros colegas madrileños, se hacía eco del viaje del novelista al Norte para documentar *Zumalacárregui* y anticipaba títulos de la 3ª serie. El 3 de junio un suelto anunciaba que en la Biblioteca circulante del periódico habían ingresado seis ejemplares de dicha novela para uso de los suscriptores.⁴⁸ El 9 de diciembre de 1900, Galdós, seducido por el hombre de acción que Blasco encarnaba, se presentó a los postres de un banquete que se ofrecía al valenciano por la publicación de *Entre naranjos* para darle el espaldarazo público ante los directores del *Heraldo*, *El Imparcial* y *El Liberal* y sellar la amistad con una cena íntima en Lhardy.⁴⁹ Esto decía el periódico. Con tales precedentes, la camaradería que muestran las cartas publicadas por de la Nuez y Schraibman,⁵⁰ las adhesiones a río revuelto tras *Electra* y la coincidencia posterior en *La República de las Letras* (1905) se nos antojan una confusa mezcla de cálculo y de entusiasmos políticos coyunturales.

La imagen de Galdós se vio reforzada en los primeros meses de 1900 con las noticias que llegaban de sus éxitos editoriales en el extranjero. *El Imparcial* 10-1-1900 informaba que se había traducido *Misericordia* para el folletín de *Le Temps*; *Le Figaro* y *L'Écho de Paris* se proponían hacer lo propio respectivamente con *Gloria* y con *La familia de Carlos IV*, respectivamente.⁵¹ *El Español* reproducía una semblanza aparecida en *Le Temps*, firmada por Boris de Tannenberg,⁵² que evocaba al escritor cuando lo conoció en su gabinete de trabajo de

la Castellana, hacia 1885, entre un retrato de Dickens y las obras de Balzac, invistiéndolo de todas sus virtudes conocidas: sobriedad, discreción, modestia, ausencia de toda pedantería, trabajo, observación... El mismo día *Lorena* (seud. del joven Manuel Bueno) se hacía eco de dicho artículo en su columna diaria de la primera plana de *El Globo*.⁵³ Y dos días más tarde *El Liberal* publicaba a doble columna el prólogo de Alfred Morel-Fatio a la traducción francesa de Bixio para la casa Hachette.⁵⁴ En abril del mismo año Galdós, recién llegado de París, concedió una entrevista a Antonio Palomero⁵⁵ en su mítico despacho de la calle Hortaleza para *El Liberal* (14-4-1900). En ella habló de sus gestiones para difundir su obra en Francia con la ayuda de Gómez Carrillo y, en particular, de sus fallidas relaciones con la casa Ollendorff que se negó a formalizar contrato para publicar *Fortunata y Jacinta* por considerar que, según acuerdo de la Convención de Berna suscrito por España, una obra extranjera diez años después de su publicación pasaba a considerarse de dominio público a efectos de traducción:

Yo ignoraba esto; el editor no quiso formalizar el contrato, aunque sin desistir de publicar la novela, y me pidió una carta para ponerla al frente autorizando la edición. A lo que me negué, para no sentar un mal precedente, pues las obras así publicadas suelen sufrir mutilaciones y alteraciones que redundan en su perjuicio.

Galdós en Los Lunes de El Imparcial

La actividad del Galdós periodista se fue apagando a medida que crecía el novelista. No ha pasado desapercibido a sus biógrafos que la inserción de textos suyos en publicaciones como *La Guirnalda*, *El Océano*⁵⁶ etc., servían de apoyo para la difusión de su obra. Tan pronto este aparato publicitario pudo ser confiado a otros medios ajenos, y por ello más ventajosos por su objetividad, Galdós se desentendió prácticamente de su actividad periodística en España. Por esto, durante el decenio final del siglo, era más fácil encontrar noticias sobre él que su firma como articulista, y ello casi siempre al pie de textos antiguos reciclados o de fragmentos escogidos de obras nuevas que servían de reclamo.

Quizás fuera *El Imparcial*, a través de su hoja de *Los Lunes*, el medio que más regularmente contribuyó durante sesenta años a la proyección nacional del escritor. Así lo reconoció éste en el prólogo a *Los Condenados* donde mostró su gratitud a Eduardo Gasset “y a otras personas que en la dirección literaria de aquel diario le sucedieron”.⁵⁷ Poco después escribía a Navarro Ledesma que *El Imparcial* era el único periódico con el que estaba en relaciones cordialísimas.⁵⁸ Sin embargo, en sus comienzos (1877) se había quejado a Pereda de que le pidieran allí un ojo de la cara para publicitar sus libros. En parecidos términos se había lamentado ante Mesonero Romanos⁵⁹ de que ningún periódico hablara de sus obras si no era “a diez reales la línea”, y eso referido a la “simple noticia de la publicación del libro; pues si se trata de elogiarle, las tarifas, las humillaciones y las dificultades crecen de lo lindo”.

La llegada de Ortega Munilla a la dirección de *Los Lunes de El Imparcial* le fue de mucha ayuda. La amistad entre ambos acababa de iniciarse sobre la base de un común interés por la renovación de la novela.⁶⁰ Basta un muestreo testimonial sobre 175 referencias galdosianas en dicho suplemento —sin computar la veintena larga de reseñas que mereció su obra teatral⁶¹— para comprobar que mientras Munilla fue responsable del mismo (veintisiete años, 1879-1906), la atención a Galdós en términos porcentuales alcanzaba casi un 70 % del total de lo publicado en sesenta años, contra un 4,66% en el primer periodo de cinco años, dirigido por Fernández Flórez, y poco más de un 15% entre 1906 y 1919, bajo coordinación de Luis Bello, Salamero y

otros. En la fase final del periódico (1920-1933), muerto ya el escritor, el porcentaje se redujo al 11%.

Periodo	Director	Nº años	Coficiente temporal	% de referencias a Galdós
1874-1879	Fernández Flórez	5	8.5%	4.50
1879-1906	Ortega Munilla	27	45.7	69.44
1906-1919	Luis Bello y otros	13.5	22.9	15.06
1920-1933	Ricardo Gasset y otros	13.5	22.9	11.0

Sin embargo, el número de artículos de don Benito en exclusiva para *Los Lunes* fue cortísimo: apenas dos o tres en la primera fase y cinco en la segunda.⁶² Entre ellos, amistosos comentarios literarios a obras de Pereda y del doctor Tolosa Latour, y una serie de cuatro crónicas viajeras sobre la Casa de Shakespeare. Su obra como objeto crítico mereció seis reseñas hasta 1879 (de Revilla, Escosura, González Serrano y Pacheco),⁶³ por más de cuarenta en el periodo de Ortega Munilla, firmadas por *Clarín* (26), Gómez de Baquero (4), Ortega Munilla (múltiples referencias en su sección fija «Madrid»), Federico Urrecha, Sánchez Pérez, Zeda, Rodrigo Soriano, etc., sin contar dos decenas de reproducciones como reclamo de libros nuevos, ni las referencias entre semana fuera del suplemento camufladas entre asuntos diversos.

En la tercera fase no hay ningún artículo exclusivo. Aparecen tres reproducciones (entre ellas los prólogos a *La Regenta* (1901) y a *Vieja España* de Salaverría (11-11-1907), y cinco primicias, una de ellas en el espacio del folletón: la semblanza de Navarro Ledesma, publicada el 4-6-1906, junto a las firmas de Blasco Ibáñez, Baroja, y Ortega y Gasset verdadero inspirador del renovado suplemento de aquellas fechas. Hay, además, doce reseñas críticas firmadas por Gómez de Baquero hasta 1916 y artículos de Ciges Aparicio, Perez de Ayala y Gabriel Alomar.

En la última fase del periódico, muerto Galdós, las reseñas críticas se reducen prácticamente a las ediciones de Alberto Ghirardo, a una importante serie de cuatro artículos firmados por Gabriel Alomar, y a una decena de alusiones y noticias de varia significación, entre los que destacan las firmas de José Francés, Enrique de Mesa («El teatro nacional» sobre *Doña Perfecta* 23-11-1924); José Castellón (noticia de la Sociedad Amigos de Galdós); Enrique Bosch (paralelismo trivial entre los “abuelos” Galdós y Pablo Iglesias, a la muerte de éste), Pedro Mata revisando los *Episodios* en 1928, y Francisco Guillén Salaya, «Mirador literario» (Galdós y las vanguardias literarias, 4-8-1929) reivindicando el respeto vanguardista ante la hondura humana del arte galdosiano. La última mención registrada es un suelto titulado «Homenaje a Galdós» (14-6-1931).

La relación de Ortega Munilla con Galdós está documentada a una sola vertiente a partir de las cartas publicadas por Sebastián de la Nuez y José Schraibman, sin olvidar otras pistas hemerográficas aportadas por Ruth Schmidt.⁶⁴ Las cartas son muy efusivas y sus referencias periodísticas se pueden verificar con facilidad. Esta comprobación de las concordancias entre dos fuentes de distinta naturaleza —epistolario y periódico— es ineludible para evitar la subjetividad de la correspondencia y conferir credibilidad metodológica a la descripción de sus contenidos que, básicamente, son los siguientes:

a) Peticiones de páginas inéditas de libros para darlas como primicias en el suplemento.⁶⁵ Por ejemplo, el 23-6-1879 el autor de *Relaciones contemporáneas* pide a Galdós un fragmento de *Los Apostólicos*, publicado el 7-7-1879 como avance de un libro en preparación bajo el título «La Granja a principios del siglo». Si el novelista se retrae Munilla busca a Miguel de Cámara para obtener algún olvidado texto que incorporar al suplemento.

b) Satisfacción por contar con la firma de Galdós en el Suplemento:

Es para mí cuestión de honra literaria que *Los Lunes de El Imparcial* sean buenos y para esto es preciso que usted me ayude, con sus artículos, y como me constaba su falta de tiempo, pedí a Cámara algún cuento de usted y he empezado a publicar como habrá usted visto *La pluma en el viento*, que la gente cree original. Es una deliciosa alegoría que ha de producir gran emoción a cuantos la lean. ¡Perdón por haberla insertado sin su permiso! Usted es mi maestro —¡mal que le pese!— y está obligado a prestarme su apoyo, a fin de que el pabellón de la novela no se deshonne.⁶⁶

c) Ante el retraimiento de Galdós, Ortega inserta textos por propia iniciativa: “La pluma en el viento”, publicado anteriormente en *La Guirnalda* (1, 16-3, y 1-4-1873) apareció en *Los Lunes* en dos entregas (13 y 20-10-1879). Años después Munilla repetía la argucia del hecho consumado para reproducir (el 26-12-1882) un fragmento de “Santillana”, publicado seis años antes en *Revista de España* (LIII, 1876, pp. 198 y ss.). Y explicaba:

Como sé que habiéndole pedido a usted licencia de reproducir en mis *Lunes* el precioso fragmento que hoy cubre de honra mi modesta página literaria me hubiese dicho que no, he pensado que lo mejor era abusar de su bondad y pedirle después permiso; hacer lo que hacen los católicos: cometer el pecado contando con la piedad del Eterno.⁶⁷

d) Impaciencia de Galdós por ver atendidos los favores publicitarios que reclamaba. El novelista aguardaba con impaciencia la publicación de las notas y gacetillas solicitadas que venían a ser una forma de publicidad enmascarada y gratuita. Cuando se precipita en la reclamación, Munilla lo corrige amistosamente:

Mi querido Don Benito: ha leído usted de prisa *El Imparcial* de ayer. En la plana 3 verá usted, por el ejemplar adjunto —que le mando señalado— el suelto que usted me mandó.⁶⁸

e) Ingratitudes de don Benito y desahogos de Ortega. Éste cumple, pero cuando pide alguna compensación parece que Galdós se muestra remiso u olvidadizo. Ortega Munilla le pidió inútilmente en 1884 una carta publicable para respaldar el libro de sus crónicas de *Los Lunes de El Imparcial*. No le quedó otro remedio que encajar las evasivas de don Benito con elegancia, incluso cuando se sentía tocado en su amor propio:

Comprendo que tiene usted razón para no enviarme la carta *publicable* sobre *Los Lunes* que pedía. Lo triste para mí en este caso, es que yo me tengo que ocupar por oficio de lo que hace todo el mundo y nadie se ocupa de lo que yo hago y para lo cual pido, no bombo, sino examen. No hablo de usted, que está sobre mí y sobre todos y a quien es obligación literaria de los hombres de buena voluntad y buen gusto, elogiarle. Hablo de la gente nueva, poetillas y novelistas que me abruman todos los días con sus

obras, me ocupo de ellas, y a mí me acontece con mis libros, especialmente con el *Lunes* que ni un solo periódico lo ha anunciado. Repito a usted que no es bombo lo que yo pido, sino que se hable del libro.⁶⁹

f) Gestiones profesionales. La lealtad de Munilla hacia Galdós lo lleva incluso a facilitarle relaciones con la competencia. Hacia 1881, cuando aún estaban repartiéndose las entregas de *La desheredada*, le reenviaba una carta de Alfredo Escobar aconsejándole que le contestara “porque *La Época* es un periódico que servirá a usted de mucho”.⁷⁰

g) Publicidad editorial: Munilla, una vez resuelto el pleito editorial de Galdós, seguía con sus buenos oficios sirviendo en su hoja de *Los Lunes* los intereses de su admirado amigo, bien fuera para acelerar las ventas de la inagotable edición ilustrada de los *Episodios*,⁷¹ bien para declarar, una vez más, a su autor escritor de interés público nacional:

Andan de mano en mano los cuadernos de la edición ilustrada de los *Episodios Nacionales*, la obra popularísima y admirable de Pérez Galdós. Por prodigios editoriales que asombrarían a Gutenberg, esos libros lujosos, impresos en rico papel, llenos de grabados de alto relieve artístico, pueden ser adquiridos mediante unas cuantas pesetas. Lo que hace pocos años se concebía como rara edición *princeps*, reservada al magnate o al bibliófilo, es hoy una edición económica al alcance del obrero.

Mediante ella, acabará la obra de Galdós por encontrar su público definitivo y completo. Escritores como éste no pueden quedar encerrados en el círculo que forman las personas letradas. Quien ha pintado a un pueblo, del pueblo todo debe ser leído, y entre todos los escritores contemporáneos de España es Galdós el que puede con más derecho aspirar a ser el escritor nacional... [...] Vulgarizar los *Episodios* de Galdós es obra buena, obra patriótica y española. Aquí, donde la lectura es un trabajo, bendito ha de ser quien lo endulza y hace llevadero. Por Galdós reconocerán muchos españoles la historia de su siglo. Este sólo título daría derecho al insigne novelista para sentarse en aquel alto sillón de la gloria literaria, en torno del cual resuena incesante la admiración de un pueblo.⁷²

No sólo hubo gacetillas y sueltos. Para incitar a la adquisición de los *Episodios Ilustrados*, *El Imparcial* publicaba en 1897 un Cupón-Prima que permitía comprar las entregas con un 20% de descuento. Los acuerdos de la Casa Galdós con la prensa más afín llegaron hasta ofertar libros de su catálogo a los suscriptores, caso de *El Globo* en el año nuevo de 1899.

Tampoco es preciso agotar los testimonios. Cuando Munilla, delicado de salud, hacia 1890, cedió la coordinación de *Los Lunes* a Federico Urrecha,⁷³ éste se encargó de continuar las menudas informaciones sobre Galdós, con ayuda de *Clarín* desde su “Revista de libros”, aunque ninguno de los dos le tuvieran simpatía.

El editor Pérez en la encrucijada

Entre 1897 y 1901 hay vestigios periodísticos y epistolares que nos muestran a Galdós moviéndose discretamente entre los restos liberales del gamacismo —su pasado político parlamentario— y las nuevas ilusiones regeneracionistas de jóvenes como Rodrigo Soriano que

lo buscaron desde 1898 como bandera de una izquierda radical que acabaría llevándolo a un republicanismo, que sólo aceptó cuando lo creyó de nuevo cuño, y con perspectivas unitarias.

La insuficiente fechación y la confusa caligrafía de la correspondencia de Soriano a Galdós, archivada en la Casa-Museo, han dificultado la interpretación de algunos aspectos a quienes se han aproximado a la serie con mayor atención (Armas Ayala y Peter Bush).⁷⁴ La concordancia de las cartas con las referencias periodísticas que contienen, permite mejorar la lectura y facilita la aproximación al proceso de una amistad que se prolongó durante el primer decenio del siglo XX, en dos fases diferenciadas: la primera, hasta 1897, de amistad literaria; la segunda con predominio de intereses políticos.

Soriano (1867-1944), donostiarra de familia acomodada, era hijo del pintor mallorquín Benito Soriano Murillo (1827-1891), profesor de la escuela de Bellas Artes de San Fernando y subdirector del Museo del Prado. Ingresó muy joven en *La Época* apadrinado por el crítico musical José Esperanza y Solá.⁷⁵ Con veintiún años fue enviado por dicho diario a la guerra de Melilla de 1893. A partir de 1895 hay constancia de su relación con Galdós, a quien remitió un ejemplar de su libro *Moros y cristianos* fuente, según Vernon A. Chamberlin, para la composición de *Misericordia*.⁷⁶ Por oscuras susceptibilidades abandonó el periódico conservador para pasar a la redacción de *El Imparcial*, donde comenzó a colaborar en 1894. En el suplemento de *Los Lunes* reafirmó su prestigio entre la gente joven y se manifestó como entusiasta difusor de la música de Wagner en España. Su colaboración duró hasta el 28 de agosto de 1899. Semanas antes había escrito a Galdós que *El Imparcial* estaba “dominado por clérigos castrados”,⁷⁷ quizás refiriéndose a la aproximación de Rafael Gasset al obispo Cascajares, redactores ambos, junto a Augusto S. de Figueroa, del manifiesto regeneracionista del general Polavieja, en septiembre de 1898.⁷⁸

Soriano invirtió en empresas periodísticas de diverso calado practicando un periodismo agresivo que pasó en poco tiempo del regeneracionismo de *Vida Nueva* (1898) al republicanismo de *El Pueblo* en Valencia, donde alivió los apuros económicos de Blasco Ibáñez prestándole 30.000 pesetas⁷⁹ a cambio de un acta de diputado, antes de convertirse en su enemigo irreconciliable. En 1903, la ruptura entre ambos dio lugar a episodios violentos, y a la puesta en marcha de nuevas empresas periodísticas (*El Radical*, 1903, en Valencia, y *España Nueva*, 1906, en Madrid) desde donde Soriano procuró reincorporar a Galdós a la política activa.⁸⁰

Pero, hacia 1895, a don Benito se lo disputaban diversos periódicos dinásticos. Sirva de muestra una carta de Soriano, en el mes de enero, ofreciéndole *La Época*, en nombre del Marqués de Valdeiglesias, para colaborar y defender sus intereses. Por el periódico conservador sabemos —con más precisión de la que Galdós recuerda en sus *Memorias de un desmemoriado*—⁸¹ que el día de año nuevo, en casa de Tolosa Latour, había leído las pruebas del prólogo de *Los condenados* en presencia de Antonio Peña y Goñi quien lo interpretaba, en una de sus crónicas,⁸² como el primer síntoma de una explosión de energía contra el adocenamiento de la crítica, a la que se unían también otros autores maltratados, especialmente *Clarín* tras el fiasco de *Teresa*. Pocos días antes, Galdós había escrito a Navarro Ledesma: “La derrota no me abate ni mucho menos, y los graznidos de la fauna periodística más bien sirven para regocijarme que para abatirme”.⁸³ Según Peña y Goñi, Galdós y *Clarín* habían galvanizado el cadáver del teatro, provocando la polémica y despertando al público. En aquella incruenta “revolución” entre bastidores el cronista de *La Época* se ofrecía diciendo que Rodrigo Soriano y él serían “lamedores de guillotina”. Desde luego, Soriano iba a asumir muy

en serio este papel de excitador intelectual, primero en el campo literario, después en la agitación regeneracionista antes de meterse en política parlamentaria. En 1896, ya en la redacción de *El Imparcial*, abrió un debate veraniego sobre la conveniencia de crear en Madrid un “Teatro Libre” siguiendo el modelo de Antoine, al que invitó repetidamente a Galdós: no menos de tres cartas, sin merecer respuesta⁸⁴ (y no porque don Benito careciera de interés por el asunto, que había definido anteriormente a Ruiz Contreras como teatro leído):⁸⁵

Habrà Vd. visto lo del Teatro Libre —*le escribía Soriano*—. Crea Vd. que nos interesa su opinión. Mucho hay que luchar en este desventurado país en donde el arte es una D^a Perfecta hipócrita y rematadamente mala pero tampoco conviene que los que pueden contribuir a la Restauración del buen gusto y al *Covadonga* del sentido común aparezcan como vencidos por el general desaliento. En ese sentido creo muy conveniente llevar al público, incluso al callejero el pensar y sentir de las gentes que están por encima de él y a eso obedece la discusión del Teatro Libre y obedecerán las que vengan después.⁸⁶

En 1897 el cronista donostiarra volvió a ocuparse de él en *Los Lunes de El Imparcial* dando muestras de simpatía desinteresada, todavía sin implicaciones políticas. El 26 de julio cuando, resuelto su pleito editorial,⁸⁷ el novelista comenzaba a organizar su propia empresa y necesitaba publicidad, Soriano le dedicó un artículo donde intentaba ilustrar un aspecto biográfico inédito para el lector: el de un Galdós, práctico y burgués, que velaba por sus intereses, tras haber sido maltratado por un socio desaprensivo. Pese a que mencioné hace años este texto no ha sido incorporado a los repertorios bibliográficos más recientes.⁸⁸ Sin embargo, es un texto clave para deshacer algunas erróneas lecturas de las cartas de Soriano.

Parodiando los reportajes de moda en las revistas ilustradas de actualidad, el periodista simulaba dar una imagen del novelista en la intimidad de su trabajo, en un espacio oficinesco, lleno de papeles, facturas y libros de contabilidad, la Casa Editorial del Sr. Pérez. El reportero se regocijaba de su hallazgo en tono jovial: “Así quiero servirlo al público; con el libro mayor, la pluma en la oreja, las obleas, el tintero. ¡Qué intimidad...!”:

Empujen una mampara y entren el despacho del Sr. Pérez. Allí otra mesa de oficina, los mismos papeles, idénticas facturas, semejantes obleas, frascos de goma, sillas, etc. etc. Y allí también el Sr. Pérez, un empleado, igual a los demás, que anota, escribe y garrapatea en un libro enorme, como libro de coro, y de cuando en cuando levanta la cabeza para decir:

—Cuatro de *entradas*. Dos mil de *salidas*. Al *libro mayor*. Apunta la *diferencia*...

La segunda parte del artículo era una humorística divagación imaginativa acerca de las funciones del escritor como una trinidad formada por *Don Benito*, *el Sr. Galdós* y *el Sr. Pérez* —“el simpático y modesto *Don Benito*, tímido y callado, que acostumbraba a mostrarse meditabundo y tristón en el saloncillo de algún teatro, o en lo oscuro y escondido de las tabernas populares observando y describiendo la realidad para conmover a la sociedad española”, en cuyo momento se convertía en el *Sr. Galdós* “honra de España, historiador de nuestra glorias pasadas, fidelísimo y cruel narrador de nuestras miserias presentes.” La novedad era el *Sr. Pérez* “práctico, burgués, burócrata, cachazudo, que forma trinidad estrechísima con el tímido seminarista don Benito”, y con el triunfante Galdós.

La secuencia final del artículo era la más conflictiva. Aludía a las causas por las que Galdós había llegado a ser editor único y exclusivo de sus obras. Soriano resumía apretadamente los precedentes editoriales del novelista que había sido como *el sastre del Campillo* en su desventajoso contrato con Cámara: el “archiescandaloso pleito” resuelto en mayo de 1897 con la ayuda de Maura, y el laudo que obligaba al novelista a administrar la mitad de los ejemplares almacenados. Nada se decía de la indemnización porque “había cosas que convenía guardar en silencio”. Tras un párrafo efectista que aludía sin personalizar a los abusos de los editores y a “cuantos vampiros chuparon la sangre” de tantos genios, se informaba brevemente que los *Episodios* (1ª y 2ª series) se vendían tan bien como cuando se publicaron; que las novelas *Gloria*, *Doña Perfecta*, *Marianela*, *Nazarín*, *Halma* eran las que gozaban del favor del público, produciendo una venta de dos mil pesetas mensuales; que las tiradas medias eran de 8.000 ejemplares; que de *Trafalgar* se vendieron 10.000 ejemplares y de las últimas novelas 6.000; que la edición ilustrada de los *Episodios* costó 50.000 duros y no se ganó mucho con ella; que se preparaba otra edición económica ilustrada a peseta el tomo, y que estaba próxima a publicarse la novela dialogada *El Abuelo*. Calculaba el periodista que Galdós había publicado en 25 años cien mil volúmenes que habían producido un millón de pesetas. «¿Dónde está el millón? No tratemos de averiguarlo... Ahora “Pérez” corregirá las ligerezas de “Galdós”», concluía el cronista.

Por supuesto Soriano debió de escribir lo que interesaba al novelista, si nos atenemos a la tendencia de éste a recurrir a sus amigos de la prensa para hacer publicar notas y gacetillas bajo su control. En este caso, el reconocido ingenio del joven Soriano disimulaba literariamente el interés que el Sr. Pérez pudo poner en difundir determinadas circunstancias personales y omitir otras que le favorecían menos. Pero el favorable impacto en el lector parecía asegurado.

Este artículo dejó huella en la correspondencia de Soriano a Galdós⁸⁹ por lo que afectaba a Miguel de Cámara que, gravemente enfermo, no pudo responder a las imputaciones del periodista. Lo hizo por él su hermano Manuel que dirigió a *El Imparcial* un extenso alegato de obligada publicación por alusiones. Don Benito, contrariado y temeroso de un intempestivo escándalo, advirtió a Soriano que Cámara se disponía a pedirle explicaciones por la ligereza con que había tratado el asunto del pleito. Se ve que no quería dar cuartos alregonero. El 29 de julio, desde San Sebastián, Soriano le escribía tratando de tranquilizarlo pero sin abandonar su desenfado provocativo:

Hasta el momento (cuatro de la tarde) no he conseguido el inenarrable honor y la inmerecida honra de recibir la tan anunciada carta de tan acreditado editor Sr. Cámara. *Mr. La Chambre* no se ha dignado venir a turbar mis deliquios veraniegos. Es así que nada puedo hacer hasta que el propio editor venga a molestarme. Si tal llega, como presume Vd. y yo deseo; porque me encanta la pelea con los bribones, mi papel se ha de limitar a manifestarle, con toda la franqueza que me caracteriza y el desprecio que le corresponde, que mis datos proceden del *coram populo* y no de Vd.; que yo no acostumbro a servirme de manos ajenas cuando escribo y que del alza y baja de la opinión me valgo para inspirar mis crónicas. Así es que mientras no me pruebe lo contrario seguiré creyendo cuanto dije. Le diré, además, que *don José María* o a *don Francisco Esteban* o a *don Luis Candelas y de la Cámara*, pues así debe llamarse semejante *niño de Écija*, le diré, que se las entienda para todo directamente conmigo y para nada con Vd. y que no estoy dispuesto a entablar polémicas inútiles sobre cosas que no me importan. Si se considera personalmente ofendido a él le corresponde venir a buscarme aquí. Prefiero que me dé una estocada

a que me edite un libro. Así pues, Vd. para nada tiene que ver con esto y yo sabré sacar el caballo y el... cámara. Váyase Vd. pues tranquilo a Santander...

La esperada carta, firmada el 28 de julio por Manuel de Cámara, no llegó a Soriano directamente, sino a *El Imparcial*, donde Ortega Munilla la retuvo más de lo normal antes de hacerla pública por derecho de réplica, el 5 de agosto, excusándose en la falta de espacio. De esta carta, insertada en 4ª plana en forma de comunicado, no conozco referencia alguna⁹⁰ porque ni Armas Ayala ni Peter Bush aludieron al texto de la réplica, y el segundo incluso leyó mal la fecha situando la citada carta de Soriano en 1899. Tampoco mencionan este documento Guimerá Peraza en su libro *El pleito de Galdós*, ni Ortiz Armengol en su biografía, aunque cuesta creer que haya pasado desapercibido, dada su accesibilidad. La defensa del ex socio de don Benito puntualizaba que:

1º: No hubo pleito sino intervención judicial a instancia de Galdós, suspendida al ser aceptados los recursos de Cámara.

2º: Era falso que Galdós lo pusiese todo en la Sociedad. Cámara anticipaba dinero y gastos de impresión y edición, que se reintegraban de los ingresos generales, distribuyendo después los beneficios a partes iguales, cargando a su parte Cámara los gastos de administración. Si Galdós pagó alguna vez, muy pocas, siempre se le abonó en la liquidación respectiva.

3º: Del laudo dictado por los letrados Maura, Villalba Hervás y Azcárate ante el notario Francisco Moya resultaba que Galdós había recibido un exceso de 29.571, 31 pesetas sobre lo que le correspondió entre 1879 y 1896, saldo sobre el que el escritor debía incrementar un interés del 6%. Cámara concluía con aspereza:

Aquí se ve con toda evidencia que quien fumaba era don Benito y quien escupía don Miguel. No vino, pues, tarde la liquidación para el señor Galdós, *sino para Cámara*, aunque el señor Soriano, que desde luego ignoraba éstas y otras muchas cosas, haya escrito lo contrario. Si la injuria de *vampiros* que se lanza a los editores se dirige también al socio del Sr. Galdós, participe, éste con él, por mitad también, en las utilidades de la imprenta, obtenidas, así en sus propias obras como en las ajenas que allí se editaban, lo rechazo como calumnioso. ¡Vampiro quien, en efectivo y libre de todo gasto, entrega a un autor en España, aunque se llame don Benito Pérez, sobre lo que ya le había entregado en los cinco primeros años de la sociedad 54.400 y *pico de duros*, amén de otras cantidades que no son de este lugar, pero que constan en documentos irrecusables!

4º: Galdós no había ganado al editor “en realidad” su derecho a adjudicarse la mitad de las existencias en almacén, por la sencilla razón de que nadie se la había discutido nunca. Estas existencias agregadas a los cincuenta y cuatro mil duros citados indicaban lo obtenido por el novelista en diez y siete años de la “calumniada administración del Sr. Cámara”.

5º: Que por el laudo Galdós adquiría la propiedad exclusiva de sus producciones y la mitad de las existencias, pero se le prohibía reeditar ninguna de aquéllas mientras no estuviesen agotadas las existencias adjudicadas al otro ex socio, a quien debía previamente comprarlas.

6º: Y por último, si, como decía el Soriano, había muchas cosas sobre las que convenía callar, ello convendría a Galdós porque los actos de Miguel de Cámara no necesitaban el amparo del silencio.

Quizás desde la redacción le enviaran anticipadamente copia de esta carta a Soriano, que seguía en San Sebastián donde preparó una contrarréplica, que el periódico de Gasset finalmente no publicó y cuya devolución reclamó repetidamente. Da cuenta del retraso y del disgusto de Soriano, una carta fechada en agosto y dirigida a Hermenegildo Hurtado, conservada en la Casa-Museo:

...Hace ya muchos días envié mi contestación a Cámara a *El Imparcial* inspirándola en una carta de don Benito. Extrañando que no se hubiese publicado escribí a Ortega y este me dice que por encargo de don Benito entregó a Vd. y a otro señor que creo es presidente de la Audiencia mi artículo y que todavía no se lo han devuelto Vds. ¿Es esto cierto? Ruégole me diga a qué obedece tal tardanza y me extraña no haber recibido carta ni de Vd. ni de don Benito sobre el asunto. Si Ortega dice verdad cosa que no dudo un momento no pudo menos de ver con extrañeza que no se me haya consultado ni palabra siendo el trabajo mío. De todos modos quiero publicarlo yo y nadie puede oponerse a ello...

El 1 de septiembre, desde el balneario de Santa Águeda, cerró la serie otra misiva en el mismo sentido a Galdós reprochándole que no le hubiese devuelto todavía el asendereado artículo, cuyo original, publicado o no, quería tener en su poder cuanto antes. Este episodio se diluyó con la muerte de Cámara, pero la relación de don Benito con Soriano continuó.

Vida Nueva y El Español dos polos de la prensa regeneracionista: Galdós entre Rodrigo Soriano y Germán Gamazo

En 1898 Galdós dispuso de dos nuevos periódicos amigos con el común marchamo regeneracionista, pero incompatibles entre sí: el semanario regeneracionista *Vida Nueva*, dirigido por Eusebio Blasco e impulsado por Rodrigo Soriano, y *El Español*, diario liberal creado para servir la política de Germán Gamazo, cuñado de Maura. Las cartas conservadas de éste y de Soriano nos permiten observar que ambos medios sirvieron a Galdós al tiempo que intentaban integrarlo, con distintos métodos, en sus respectivos predios ideológicos.

Cuando comenzó a publicarse *Vida Nueva* el 12 de junio, recién iniciada la 3ª serie de los *Episodios Nacionales* con *Zumalacárregui*, Galdós figuraba en la extensa lista de redactores. Su firma apareció varias veces en los primeros números aunque sin advertencia alguna de que eran textos fragmentarios, escogidos y titulados en función de la actualidad: “Fumándose las colonias (1815)” (19-6-1898, fragmento de *Memorias de un cortesano de 1815*); “La patria” (10-7-1898, fragmento de *Trafalgar*), y “Cómo piensa un español neto” (28-8-1898, fragmento de *El doctor Centeno*). Por supuesto su participación era puramente nominal, y no parece que tuviera responsabilidad alguna en la publicación de estos fragmentos, por lo que se deduce de las cartas.

En septiembre al anunciarse los primeros desembarcos de repatriados en Santander, Soriano pensó en el gran efecto de una crónica testimonial de Galdós, que se encontraba en la capital cántabra, de modo que apeló al argumento de autoridad que supondría un artículo suyo acerca

de dicho asunto. Incluso se permitió anticipar enigmáticamente, en un suelto sin firma titulado “¡A Santander! ¡A Santander!” (28 de agosto 1898) que:

si las circunstancias lo permiten y el formalismo oficial no lo impide *Vida Nueva* estará representada en uno de los puertos de desembarco por uno de sus más eminentes redactores que describirá las escenas que allí presencie.

Es evidente a quien se alude, pero Galdós no llegó a escribir nada sobre este asunto. En octubre, desde San Sebastián, Soriano le pidió en vano autorización para publicar un fragmento de *Mendizábal*. Esta vez el novelista se excusó en el retraso de la edición, aunque parecía predispuesto a enviar alguna otra colaboración. El 6 de noviembre el donostiarra le escribe de nuevo para reclamarle los trozos prometidos de *Mendizábal*.⁹¹ Como señuelo le pedía también un anuncio de los *Episodios Nacionales* para publicarlo gratis. Después de esta carta se insertó, fragmentado en dos números, un texto de Galdós titulado “Cervantes” (30-10 y 6-11) refundición de otros publicados en *La Nación* los días 23, 24 y 26-4-1868.⁹² Por el contenido de la carta anterior y por la lejanía de la fuente, sería lógico pensar que estos artículos cervantinos, que actualizaban el mito regeneracionista de Don Quijote —como ha observado M. Ángeles Varela—⁹³ se publicaron por indicación de Galdós o de persona muy allegada, quizás su sobrino José Hurtado.

A partir de este momento don Benito enmudece durante ocho meses. Ni siquiera se asocia a la campaña del semanario contra el Proceso de Montjuich, pese a estar contra la pena capital. Mientras tanto se publica el 20 de noviembre un amplio fragmento del discurso de Menéndez Pelayo en la recepción académica de Galdós, bajo el título “Los Episodios Nacionales”, y un suelto jocoserio de carácter publicitario que sugería la actualidad de *Mendizábal*:

Nuestro eminente compañero Pérez Galdós ha puesto a la venta su última obra, *Mendizábal*. Llega oportunamente. Parece que Mendizábal halla la España de principios del siglo. En la secretaría del Obispado de Madrid conspiran los carlistas. Don Carlos levanta un empréstito. El pan y toros es el único programa de España. Los frailes nos ahogan. No tenemos un cuarto. ¡Oh, esta es la época de Mendizábal pero sin... Mendizábal! ¡Venga, venga uno pronto! Entre tanto y en el próximo número hablaremos del libro de Galdós.

El 27 de noviembre se insertaba un artículo político-literario de Soriano comentando la actualidad del último episodio galdosiano ante la bancarrota del estado y la amenaza carlista, activando el efectista tópico de “Todo está igual”:

¡Qué, horror, santo Dios! ¡Acabamos mil y mil combates y hemos de comenzarlos de nuevo; creémonos libres de la lepra frailuna y otra vez nos pica y nos embadurna el cuerpo. [...] Óyese a lo lejos el rugido de feroces hordas, y mañana quizás nos asfixie el humo de llamas y el olor de cadáveres.

Junto a este artículo, un suelto titulado “Mendizábal” concretaba más la defensa de Galdós ante las citadas objeciones de Julio Burell en *Heraldo de Madrid*, el 20 de noviembre, afirmando que la nueva serie de *Episodios* era un remedo triste de las anteriores y ponía en duda que Zumalacárregui y Mendizábal pudieran ser asuntos novelables, como probaba el hecho de que ambos quedaban desleídos en las ficciones históricas de Galdós. El militar apenas se mostraba para morir, y el hacendista —“revolucionario de Gaceta”, según Burell— muy

trabajosamente podía ofrecer materia propicia a poetas y noveladores. Soriano no daba crédito a las argumentaciones de que Mendizábal no fuera personaje digno de un libro, o a que don Benito no debía pintar asuntos modernos: “¡Cuánta incongruencia! —escribía—. ¿Creerá Burell que el ilustre Galdós es un Gamazo, o un Sagasta, o uno de esos mil vulgares tránsfugas de todos los partidos?”.

De nuevo abundó Soriano en el asunto con un extenso artículo apologético de casi dos columnas, publicado el 8-1-1899 con el título de “Galdós y Mendizábal”. En él recordaba los obstáculos que Galdós —“símbolo de la patria” y “emblema vivo de la raza”— había debido vencer para imponerse a sus detractores en la novela con la ayuda de Munilla o de *Clarín* y, en el teatro, defendiéndose por sí mismo con sus prólogos. La hostilidad se recrudecía con *Mendizábal* que había sido recibido con severidad por quienes a duras penas disimulaban una feroz alegría ante el presunto agotamiento narrativo del autor, en una especie de ajuste de cuentas generacional. Soriano valoraba positivamente el hecho de que la personalidad novelesca del desamortizador se diluyera en su contexto histórico porque éste era el de una “sociedad sin rumbo” correlativa a la de 1898, “presa de terrores y de entusiasmos”.

Mientras tanto, el 4 de diciembre de 1898, *Vida Nueva* había comenzado a publicar en forma de folletón el ensayo juvenil de Galdós “Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo”, extraído de *Revista de España*, XIII y XV (1870). El 8 de enero y el 19 de febrero de 1899 se incluían sendos fragmentos del nuevo episodio *De Oñate a La Granja*, y el 11 de junio otro de *La campaña del Maestrazgo*.⁹⁴ Dado el mutismo epistolar de Galdós durante aquellos meses, encerrado en la elaboración de los *Episodios* de la 3ª serie ¿quién autorizó a *Vida Nueva* para publicar los fragmentos? ¿Hurtado?

Soriano no pasó cuenta epistolar de los servicios prestados hasta junio de 1899. Reprochaba al novelista su “injusta frialdad”: no se había dignado contestar a sus repetidas cartas ni se había mostrado agradecido a la defensa que *Vida Nueva* le había brindado “contra los ataques de Burell y de otros bureles”, ni a los anuncios insertados de sus nuevos libros. “Lo único que supimos de Vd. —decía— fue que se oponía a que publicáramos sus artículos viejos”. Aquí topamos con el meollo de la cuestión. La desconfianza del escritor estaba más que justificada. En los primeros números del semanario se habían manipulado desconsideradamente fragmentos de *Trafalgar*, de las *Memorias de un cortesano de 1815* o de *El Doctor Centeno*, podando, añadiendo y cambiando vocablos, frases y construcciones en lo que de hecho constituía un atentado artístico y una irreverencia ideológica contra textos muy difundidos. Galdós tenía motivos para haberse indignado y haber roto con los responsables, pero se conformó con una débil protesta ¿por respeto a la causa? —me pregunto. A Soriano se lo perdonaba todo. Eran servidumbres de la prensa, a las que el novelista se resignaba tratando de aprovechar otros aspectos más ventajosos. Nada tenía contra las primicias de libros nuevos que acostumbraban a dar los periódicos más importantes en beneficio de la recepción de las obras,⁹⁵ pero aún así acostumbraba a propiciar la alternancia de los medios para que las exclusivas no se convirtieran en privilegio. También solía negociar los pasajes escogidos y la extensión del fragmento, como se ve en alguna de sus cartas.⁹⁶ Solía haber en la gestión periodística de estas primicias un consenso autorizado entre ambas partes. Pero no ocurría lo mismo en aquellos fragmentos retrospectivos manipulados con intención ideológica por la redacción del semanario regeneracionista en 1898, que eran auténticos refritos piratas.

A la luz de estos datos, quizás no quede más remedio que poner en tela de juicio la relación responsable e intencionada de Galdós con *Vida Nueva*, y más aún cuando éste —en junio de

1899— aseguraba no poder opinar sobre el semanario porque no se lo enviaban. Soriano se apresuró a aceptar las excusas: “Sé lo que cuesta escribir cuatro tomos de la valía de los de Vd. y sé cuán poco cuesta admirarlos para los que no tengan el entendimiento de cemento o de cal hidráulica”. Y volvía a la carga para estimular la afinidad anticlerical y captarlo para su proyecto izquierdista:

Dice Vd. muy bien que los dos enemigos de España son los clérigos y los jesuitas amén de dos o tres mil gruesas de frailes. Vd. vive lejos de Madrid hace un año y no puede imaginarse el pavoroso desenvolvimiento que ha logrado esa gentuza aquí. Ha llegado pues el momento de que formen a un lado los amigos de la civilización y al otro los brutos e incultos. Con muchísimo menos motivo se ha hecho en Francia una revolución del 93 de bolsillo. Eso quiere hacer *Vida Nueva* y eso hace, pese a la gentuza reaccionaria que asoma en todas partes, desde *El Imparcial* dominado por clérigos castrados hasta el Rosario de la Aurora de Valencia.

Soriano cerraba su ciclo en *El Imparcial* con un exabrupto. Pronto iba a abandonar su altruismo regeneracionista para ingresar en la práctica política aprovechando el impulso que le brindaba su socio periodístico Blasco Ibáñez en Valencia. La relación con Galdós se mantuvo, incluso en algún mitin anticlerical. Soriano se atribuyó la representación de don Benito,⁹⁷ y fue uno de sus activos documentalistas. Le proporcionó datos sobre Montes de Oca y del cura Merino, y lo puso sobre la pista de archivos valiosos (los del infante don Enrique de Borbón y los de Ramón Narváez)⁹⁸ para continuar componiendo las series 3ª y 4ª de los *Episodios*. Soriano fue clave para atraer a Galdós a la nueva propuesta de izquierda burguesa antimonárquica aglutinada en 1906 en torno al diario *España Nueva*. Lo contrario de lo sucedido con el polo regenerador gamacista, al que Galdós trataba con todo el respeto que en 1898 debía a su abogado Antonio Maura, pero del que se distanció, como veremos, tras el estreno de *Electra*.

Estos años de transformación de la imagen pública de Galdós todavía conservan claroscuros que justifican muchos palos de ciego en las investigaciones de hemeroteca. La sensación que deja la lectura de ciertas series periodísticas es la de que unos maniobraban para neutralizarlo como símbolo nacional al margen de los partidos, y otros pretendían arrastrarlo a la militancia activa. Unos y otros, liberales establecidos o radicales airados, buscaban la utilización del “escritor insigne, gloria nacional”, para reforzar sus respectivas posiciones ideológicas. Uno de estos aspirantes fue *El Español*, órgano gamacista de corta duración que vio la luz entre diciembre de 1898 y diciembre de 1902. La relación del escritor con este periódico (1898-1901) merece atención especial porque condujo a una inesperada reacción de despecho que puso fin a veintiséis meses de apoyo incondicional.

El Español salió a la calle como consecuencia de la ruptura de Germán Gamazo con Sagasta en 1898. Disponía de un capital inicial de medio millón de pesetas,⁹⁹ suscrito por los prohombres de la nueva fracción liberal, entre los que se encontraba todavía Antonio Maura. Comenzó a publicarse el 15 de diciembre de dicho año, cuando el desastre colonial estaba consumado, por los días en que Montero Ríos y la comisión negociadora volvían de firmar el Tratado de París, lo que le permitía presentarse limpio de responsabilidades dispuesto a favorecer la regeneración económica. A corto plazo el gamacismo no respondió a las expectativas, entre otras cosas, por la enfermedad del jefe, que murió el 22 de noviembre de 1901, dejando libre a Maura para aspirar al liderazgo conservador, tras formar gobierno con Silvela en 1902, lo que supuso el cierre de *El Español*.

El periódico, desde antes de su salida, comenzó a recibir el fuego cruzado del regeneracionismo radical afincado en *El Pueblo* de Blasco y en *Vida Nueva* de Soriano, que se burlaban de las pretensiones literarias de su prospecto. Cuando Soriano y sus colegas sintieron el peligro que suponía la posible competencia empresarial de esta fracción liberal, que tentaba a sus redactores y competía con ellos en la captación de lectores “neutros”, atacaron conjuntamente al nuevo periódico desde Madrid y desde Valencia. En *Vida Nueva* se desató la retórica grotesca contra *El Español*, también nombrado *El Es...teta*.

Mucho, muchísimo celebraremos que *El Español* del Sr. Gamazo reverdezca los laureles del primer *Español* fundado por don Andrés Borrego [en 1836]. Suponemos que el ilustre Borrego hallará en *El Español* Borregos no menos ilustres que continúen su obra.¹⁰⁰

Desde las páginas del semanario ya se había hostigado a Gamazo, ministro de Hacienda con Sagasta hasta 1898, en descrédito de sus pretensiones regeneracionistas. Se denunciaba, sobre todo, su turbia intervención en el pleito de la Casa ducal de Osuna, donde actuaba como letrado y como prestamista de setecientas mil pesetas al 10% con la garantía del Estado.¹⁰¹ El propio Dionisio Pérez (que había de acabar dirigiendo *Vida Nueva* en su última fase) remitió una crónica a *El Pueblo* acusando a *El Español* de ser un conglomerado de “desvalijadores” gamacistas, maureros y estetas:

...los Gamazos y los Mauras, los Sánchez Guerra y los Perojos y demás organizadores de *El Español* quieren hacer un periódico muy literario y muy artístico: cuentos y crónicas de Octavio Picón, Eusebio Blasco, Cavia, Sánchez Pérez y monos y retratos de nuestros principales fotograbadores. La intención es buena, si no se pretendiese convertir esa literatura en alcahueta y *colcreand* (*sic*) de la política gamacista.

No cuentan con que su literatura no puede ser obra sincera de artistas: será una literatura manida y manumitida. Gamazo con sus pleitos, sus préstamos y su inmensa responsabilidad en la pasada guerra y en la presente paz; Maura con su exagerado misticismo; Ribot con la infamante acusación de que no pudo o no supo librarse, y el resto del partido con su tendencia reaccionaria, su mentida protección a la agricultura, harán esa pobre literatura tan soporífera, tan insustancial, tan poco sincera, tan sosa y muerta que no habrá español que la soporte. El atractivo de las letras no se cifra en las *firmas*, sino en las ideas y en la libertad.

Imitar a *Vida Nueva*, que tan sañudamente ha vapuleado a Gamazo, es el propósito de los confeccionadores del nuevo periódico; pero imitarla en la factura, en lo aparente, como si el éxito de *Vida Nueva* consistiese en cómo dice las cosas y no en las cosas que dice.¹⁰²

En efecto, *El Español* haciendo honor a su condición de *Periódico político, literario y de noticias*, tuvo a gala el alternar política y literatura diariamente. Desde nuestra perspectiva, era un periódico ecléctico que incorporaba la actualidad cultural como indicador de la regeneración nacional, que proponía a ritmo lento la colonización interior —la “explotación del viejo solar español”—, y el cultivo de amistades internacionales, imposibles de improvisar, en espera de que, una vez curadas las heridas y restauradas las fuerzas, a largo plazo, llegaría el

momento de las compensaciones. Obra paciente y moderada para varias generaciones de españoles “sensatos, honrados y animosos”.¹⁰³

El Español, dirigido sucesivamente por José Sánchez Guerra, Luis Soler y Casajuana (desde el 1-1-1900) y, desde enero de 1901, por Manuel S. Quejana, compensaba su escasa circulación con una notable influencia en círculos políticos. Contaba con una selecta nómina de colaboradores de dos generaciones, entre ellos doña Emilia, Eusebio Blasco, Leopoldo y Genaro Alas, Salvador Sellés, Salvador Rueda, Armando Palacio Valdés, Jacinto Benavente, José Nogales, Prudencio Rovira (secretario de Maura), Arturo Reyes o el republicano Picón quien defendía con optimismo regeneracionista que la literatura del desastre no evidenciaba signos de postración gracias a la conciencia que había adquirido de los males nacionales, anteponiendo la idea de justicia a la de libertad.¹⁰⁴ Pero lo más interesante de este macrotexto periodístico es la atención a libros como *La evolución de la crítica* (Martínez Ruiz), o *Alma contemporánea* el ensayo programático del emotivismo (Llanas Aguilaniedo); al estreno de *Cyrano* de Rostand, o a la figura de Rubén Darío entrevistado por J. Alcaide de Zafra; a la información exclusiva de la conferencia de Pardo Bazán en París el 8 de abril de 1899; a la necrología del joven narrador asturiano Juan Ochoa, acompañada de breves testimonios de Clarín, Pereda, Menéndez Pelayo, Palacio Valdés y Navarro Ledesma,¹⁰⁵ sin olvidar las reflexiones de Francisco Acebal sobre la difícil incorporación del *modern styl* al arte español, con referencias a Burne-Jones, Morris y Rossetti, que concluye con un “¡adelante con el idealismo, patrimonio puro del arte, que nos embellezcan el sendero espinoso de la vida”.¹⁰⁶ Bastante para que los impacientes radicales de *Vida Nueva* arremetieran contra el “estetismo decadente” cobijado en un espacio maurista.

En este contexto la firma de Galdós sólo apareció bajo las inevitables primicias de obras nuevas, pero el minucioso seguimiento informativo de que se le hizo objeto durante más de dos años, entronizado como símbolo indiscutible de la españolidad ideal que se trataba de regenerar, no tiene parangón con el recibido por ningún otro escritor en aquel periódico. Aparecieron dos semblanzas, seis reseñas (firmadas por Salvador Canals, Emilia Pardo Bazán y Tomás Carretero); seis primicias de libros nuevos, tres artículos con referencias (de Pardo Bazán, Canals y J. Octavio Picón), un reportaje sobre la Casa editorial, por M. R. Blanco Belmonte, tres artículos a propósito de *Electra* y se publicó *Marianela* en folletín.¹⁰⁷ Excluyendo las entregas de éste, la media anual de referencias dobla a las registradas en *Los Lunes de El Imparcial* y en *El Globo* durante el periodo 1898-1901, y supera en un 20% el seguimiento galdosiano de *Vida Nueva*.

La amistad de Galdós con Gamazo y con su cuñado Antonio Maura se remontaba a su primera época de diputado. Maura había resuelto el pleito editorial del novelista, y por añadidura fue su acreedor durante un plazo de tiempo muy superior al convenido. Don Benito tardó más de dieciocho meses (desde diciembre de 1897 a junio de 1899) en satisfacer el primer plazo de unos honorarios profesionales (7.500 ptas.) que se había comprometido a pagar en un trimestre. Maura mantuvo en este asunto una conducta exquisita, pese a que en algún momento insinuó su conveniencia de cobrar (15-3-1899), porque:

me metí a casero e hice grandes y costosas obras en esta nueva jaula donde metí mi *tribu* y mis legajos [...] Ni aún así tengo intención de apurarle a V.; pero si buenamente pudiese hacer lo que V. mismo se había propuesto, sepa que ahora me sería la cobranza de más provecho que en tiempos normales.¹⁰⁸

La respuesta de Galdós presupone una extrema confianza y daba por descontado el sentido del humor del acreedor:

Fiado en su magnanimidad, pues no puedo darle otro nombre, le hemos dejado a Vd., para lo último, y aunque en esto de pagos no puede decirse que los últimos serán los primeros, usted Sr. don Antonio, es y será siempre el número uno en el afecto y en la consideración y gratitud...

En la correspondencia publicada por Sebastián de la Nuez (1974) hay testimonio confidencial del motivo económico que determinó la continuación de los *Episodios*. Por supuesto, tampoco faltan alusiones a *El Español*. Galdós el 25 de mayo de 1899, desde Santander transmitía a Maura con todo detalle su disponibilidad para facilitar extractos al periódico:

Según me dice mi sobrino, *El Español* desea las primicias de esta obra [*La Campaña del Maestrazgo*]. Nada más grato para mí. Dimos a *El Imparcial* las de *Luchana*, porque se nos anticipó solicitándolo con singular empeño. Hoy las daremos a *El Español* también con el carácter de exclusiva. La única condición que me permito imponer es que el trozo publicado sea lo más largo posible. De este modo, sosteniendo rigurosamente la exclusiva, creo eficaz para el periódico y para la obra este sistema de publicidad o propaganda. Hará falta que alguien de *El Español* designe el trozo *grande* que quieran publicar. Se le enviarán capillas de lo impreso, que es casi todo. Yo me he fijado en un fragmento, muy del caso, bastante extenso. Pero prefiero que el periódico elija. Es fácil que coincidamos en la elección. [...] Si para el folletón de *El Español* le conviniere alguna de mis obras, ya sean *Episodios* de la primera serie, ya novelas españolas contemporáneas, usted no tiene más que mandar en esto como en todo.

Maura respondía a vuelta de correo (28 de mayo):

Mil gracias por sus deferencias en pro de *El Español*. Aunque la designación del trozo, que haya V. hecho será inmejorable, si Sánchez Guerra en vista de las capillas reputare más incitante para suelto algún que otro pasaje, entre él y su sobrino de V, se entenderán. La oferta que V. hace para el folletín de *El Español*, le parece a Sánchez Guerra de perlas y desde luego se fijó en *Marianela*. A mí lo que me parece... es que no debo decirle cuánto agradezco su bondad de V. porque he de suponer que V. no lo duda.

Todo cuadraba para que Galdós viera en el nuevo periódico la consolidación de un recíproco beneficio (publicidad a cambio del simbolismo nacional que él sustentaba),¹⁰⁹ sin contar con la afinidad ideológica que todavía pudiera conservar con el impulsor de la Liga Agraria. *El Español* se entregó incondicionalmente a don Benito como escritor emblemático, sin decaer en la constante exaltación de su obra. La desproporcionada atención que se le prestó hasta febrero de 1901 hace pensar que el interés no era meramente literario.

¿Qué imagen de Galdós construyó *El Español*? Por un lado la humana. En segundo término la literaria, fundada en las reseñas del puertorriqueño Salvador Canals, el redactor más cualificado del diario. Por último, la imagen comercial del editor sólidamente establecido en

apariencia. En suma, tres facetas de un Galdós empeñado en un polivalente esfuerzo regenerador, como artista y como “productor”.

a) Galdós modelo humano regeneracionista: El “Perfil” de Galdós que abre la serie (4-1-1899), firmado por T.C. (el redactor Tomás Carretero), no superaba los lugares comunes ya conocidos, aderezados con alguna anécdota no menos tópica. Pero, de acuerdo con los objetivos del periódico, trataba de presentarlo como un modelo regeneracionista:

D. Benito es un señor alto, enjuto moreno y pálido, con los ojos chiquitos, negros, y que lleva siempre entre los labios un cigarrillo de papel colocado en una boquilla de cartulina y pluma. Como tipo no tiene nada de particular.

Galdós observaba inadvertido y trabajaba mucho, era “el más constante de los obreros”. Aquí es donde se deslizaba el mensaje ideológico del gacetillero:

¡Gran ejemplo para los que quieran regenerarse!... Su fuerza de voluntad, en la que no se nota el esfuerzo nunca, es infinito [...] Nuestro gran Galdós, fuerte, constante, trabajador y artista, es de aquellos hombres a quien Richter llamaba “genios madres”, crea, no asimila.

Tomás Carretero, veterano periodista demócrata, ya sexagenario, al tratar de Galdós sustituyó explícitamente la crítica literaria por el elogio, rozando el desvarío en las reseñas que dedicó a varios *Episodios* de la 3ª serie en *El Español*. En ellas llegó a enhebrar verdaderas letanías de tópicos que a buen seguro tuvieron su efecto sublimador en la hiperbólica vulgarización del escritor: Galdós el insigne, Galdós el inagotable, Galdós el fecundo, Galdós el artista “de fantasía fresquísima, de talento profundo, de estilo claro, corriente, limpio como el manantial de agua, como linfa pura y cristalina...”¹¹⁰

b) Seguimiento de los *Episodios*. Brillantez literaria, quijotismo, voluntad, energía: Salvador Canals hacía referencia al modelo quijotesco explicándolo como una inversión de los valores tradicionalmente atribuidos a los personajes cervantinos, modelos igualmente fracasados en el contraste contemporáneo de la novela galdosiana, de donde infería la necesidad de “anclar la nave” mediante la voluntad regeneradora:

Creo —*escribe Canals*— que Galdós imagina la sociedad española como la realización de la novela de Cervantes. La Historia de Don Quijote y su escudero parecele la historia de todos. O Quijotes o Sanchos; o dementes de la generosidad o groseras y bajas pasiones del egoísmo; o todo espíritu o todo materia; o virtudes sobrehumanas o vicios y apetitos menos que humanos, terrosos más que terrenales. O el predominio del ángel sobre la bestia, o la desaparición de aquél en ésta. Nada equilibrado, nada en el justo término” [...] “Galdós sueña con un remedio para todo esto, con algo que sea lastre del espíritu que se escapa de la realidad, y al mismo tiempo alas del cuerpo que se agarra a la basura: la voluntad. Ella es lo único que puede ser ancla para la nave que arrastra las olas; vela para la nave estacionada como cadáver a merced de las corrientes...”¹¹¹

El crítico, tanto al hablar de *Luchana* como de *La Campaña del Maestrazgo*, insistía en la eficacia salvadora de la voluntad contra el cainismo.¹¹² A los españoles

nadie se ha cuidado de darnos voluntad. Cuando se nos ha tenido bajo tiranía, se nos ha sometido a tutela. La cadena habrá sido de hierro o de flores, pero siempre ha habido cadena. [...] La evolución de los tiempos ha hecho llegar la hora de la autonomía, la hora de la democracia... y *sólo somos maniqués que pasan entre las sepulturas.*

Significativa es también la aproximación de Pardo Bazán¹¹³ a la figura de Ramón Cabrera tras la publicación de *La Campaña del Maestrazgo*, entretejiendo sus nostálgicos recuerdos personales del general en Londres con la visión de Galdós. D^a Emilia extrapolaba valores históricos potenciando la verdad poética. Rindiendo tributo a la actualidad, veía ilusoriamente en el Conde de Morella nada menos que un moderno “profesor de energía”, complemento del tópico regeneracionista de la voluntad sustentado por Canals.

Los criterios valorativos regeneracionistas que encontramos en *El Español* en 1899, tienden al optimismo, a diferencia de los dominantes en la recepción de las novelas inaugurales del tercer ciclo de Episodios —*Zumalacárregui* y *Mendizábal*— cuando las escasas reseñas de urgencia producidas entre Cavite, Santiago de Cuba y el Tratado de París, difícilmente se sustraían a la presión dolorosa del contexto bélico inmediato, bien en clave patriótica reanimadora, bien en clave pesimista. Cavia, Zeda, Navarro Ledesma, en *El Imparcial*, *La Época* o *El Globo*, fueron intérpretes de estas tempranas sensaciones.¹¹⁴

c) La buena imagen del negocio editorial. Tres años después del controvertido reportaje de Rodrigo Soriano, apareció en *El Español* (abril, 1900) un artículo de Marcos Rafael Blanco-Belmonte¹¹⁵ que también adoptaba la forma de visita a la casa editorial de Galdós, pero en términos de reportaje documental, sin concesiones literarias. El autor simulaba adoptar el método experimental de manera informal, como indagación que añadía datos interesantes a los facilitados por Soriano. Belmonte se entrevistó con el sobrino José María Hurtado de Mendoza, con la pretensión de comprobar si era cierto que en España no se leía y si el negocio de editor era tan ruinoso como se decía. La comprobación apenas podía disimular su incitación a comprar los libros de Galdós por contagio del éxito que se pregonaba. Don Pepino le pintó a Blanco-Belmonte un panorama color de rosa:

Abrir la casa editorial y agotarse las obras puestas a la venta, todo fue uno. Se repetían ediciones, se conservaban sin distribuir las formas en la imprenta, se rompían los caracteres tipográficos, se hacían diez mil libros de cada tirada y el público siempre ansioso no daba tiempo a que los volúmenes descansasen en las estanterías, llevándose los poco menos que desde el taller de encuadernación.

En vista de esto hubo que recurrir al procedimiento de estereotipar. De este modo, en reducido espacio se conservó el cliché, la negativa del libro, y en contadas horas fue fácil sacar tantos cuantos miles de positivas —volúmenes— fue preciso.

El éxito de la tercera serie de los *Episodios* había aconsejado al editor Galdós poner imprenta propia:

Sobra decir que la instalación es la última palabra de lo moderno, tanto en punto a fundición como en lo que se refiere a máquinas. De Inglaterra viene una rotativa magnífica que se estrenará imprimiendo la *Cuarta serie* de los “Episodios Nacionales”

Tras manosear el inevitable tópico de la laboriosidad galdosiana, Blanco Belmonte entraba en la parte más sustanciosa de su artículo, donde decía recoger datos tomados de los propios libros de venta diaria y anual de la Casa:

Ventas e ingresos:		
Libros impresos y puestos a la venta en 12 meses:		91.000 volúmenes
Ejemplares vendidos en 24 meses:		140.000 volúmenes
Ingresos de la venta anual, descontada la bonificación a los libreros:		200.000 pts.
Detalle de existencias en 1900 (muestra parcial):		
Títulos	Ejemplares editados	Ejemplares vendidos
De <i>Vergara</i>	10.000	8.000 (tres días) Agotada ed. 4 días después
	por libreros:	1.200 (en 12 horas) por Fernando Fe 1.200 (id. id.) por Sanmartín 1.000 en Canarias
<i>Doña Perfecta</i>		28.000
<i>Marianela</i>		30.000

Fte. M. R. Blanco Belmonte, "En la casa Galdós. Producción literaria", *El Español*, 11-4-1900.

En lo comprobable, este muestreo periodístico parece veraz. Las cifras se ajustan a las aportadas por Jean-François Botrel con una ligera desviación en *Marianela*, "a punto de alcanzar treinta mil ejemplares" en 1900 (frente a los 29.000 que da Botrel¹¹⁶ para 1902, lo que permite suponer que en el primer bienio de siglo apenas se vendió la novela que *El Español* había reeditado en su folletín). Para Botrel¹¹⁷ las fuertes tiradas iniciales de la 3ª serie debieron de saturar el mercado. Hacia 1904 se observa un descenso de ventas, quizás correlativo —aprecio yo— a la disminución de la cobertura crítica que, sin disponer de datos suficientes, se sostiene entre 1898 y 1900 para ir descendiendo en la cuarta serie, punto en que las reseñas tienden a ser sustituidas por largos fragmentos de primicias. Botrel observa una lenta recuperación parcial del mercado entre 1904 y 1909, quizás beneficiada por la popularidad política del Galdós republicano, que tiene su correlato en extensas reseñas a toda página en periódicos afines (*España Nueva*, *El País*, *Heraldo de Madrid*...).

El reportero de *El Español*, insistía en que Galdós vendía siempre al contado, con los mismos precios en Madrid, en provincias y en el extranjero. Y refería la anécdota de un español residente en China que encargó a un amigo el abono de dos pesetas a su nombre en la casa Galdós. Semanas después recibía en Pekín, franco de porte y certificado, el ejemplar del primer episodio de la Serie 3ª. Concluía el autor su pintoresco reportaje afirmando la imagen de un Galdós editor próspero y opulento, que "por el esfuerzo de su pluma" había conseguido dos cosas:

un alcázar de inmortalidad para su nombre y un palacio de oro formado con el importe de los libros por él escritos. Gran productor ha juntado a la honra el provecho y ha amonedado el metal precioso de su privilegiado talento. Luchó y venció como artista y como industrial.

A todo esto se aproximaba el estreno de *Electra*, y *El Español* no dejaba de respaldar a su escritor emblemático. El 13 de enero reprodujo un fragmento de “Rura”, el artículo bucólico-regeneracionista recién aparecido en *El Progreso agrícola y pecuario*, y dos días después se insertaba un extenso fragmento del artículo de Luis Zozaya publicado por *La Correspondencia de España*, donde se informaba sobre los cinco decorados que el escenógrafo Amalio Fernández preparaba para la obra.¹¹⁸ Pero aquel diario gamacista, que en su publicidad aseguraba su deseo de captar a la “zona neutral” de la opinión, evitando los contenidos que pudieran ofender los sentimientos morales del público, se mostró receloso ante el desbordante éxito del drama. La reseña firmada por Canals en segunda página¹¹⁹ sostenía que Galdós había fracasado como dramaturgo a cambio de un éxito ruidoso como político progresista, más propio de la sección de sucesos que de la teatral. Aquella inesperada censura alineaba al diario gamacista junto a otros medios conservadores como *La Época* o *El Nacional* de Romero Robledo, que vieron en *Electra* simbolismo efectista, falta de lógica y, en el público que la jaleó con entusiasmo, fanatismo frenético e intolerancia propias de “tartufos al revés y fariseos de la libertad” que convertían el teatro en un club.¹²⁰ Canals, no obstante, trataba de atenuar los efectos de su crítica justificándose con los servicios prestados a Galdós en *El Español*:

Jamás he escrito una línea contra él. Mi primer artículo literario fue un caluroso elogio de *Torquemada en la hoguera*. Cuando Galdós recorrió el penosísimo calvario de *Los Condenados*, a su lado estuve con cuanto yo podía, poco o mucho, y a su favor reñí con amigos y compañeros. Acabo ahora de fundar una revista, y el puesto de honor de su primer número, para Galdós ha sido; la primera de las grandes figuras, de universal renombre, en cuyo estudio ha de ocuparse *Nuestro Tiempo*. Imagine el lector la amargura con que escribiré éste mi primer artículo contra Galdós, precisamente cuando vuelve a la escena [...] No me rectifico yo: es Galdós quien abandona las banderas del puro arte teatral para acogerse a los pendones del “efectismo”, que más busca el éxito en un estado enfermizo del alma del público, que en el esfuerzo y en el brío de la propia imaginación.

No combato la tendencia de *Electra*: es la misma que aplaudimos todos en *Doña Perfecta*, y en *La Fiera*. Tampoco reniego del pensamiento fundamental que en *Voluntad* reconocimos. Combato procedimientos indignos de Galdós. Reniego de la ropa, y de los cascabeles, y de los chafarrinones con que la musa augusta y serena se ha disfrazado para buscar en la sala del Español un éxito de Novedades.” Porque no se había aplaudido a Galdós en los momentos que dejaban traslucir al artista “sino en aquellos en que éste se rinde al laborante político, que no busca triunfo tanto en la sanidad de las propias ideas, cuanto en la insanidad de las ajenas pasiones...”

El efecto de esta reseña fue la baja fulminantemente de don Benito como suscriptor de *El Español*, lo que a primera vista parece una respuesta desproporcionada, sin conocer otras posibles motivaciones, porque ¿era aquel juicio crítico motivo suficiente para echar por tierra con un gesto tan repentino la vieja amistad y las muchas atenciones que el autor debía a Antonio Maura? ¿Orgullo herido o premeditada voluntad de ruptura? ¿Aproveché la ocasión para distanciarse políticamente de su abogado porque intuía en éste indicios de una orientación política conservadora que no deseaba compartir? En cualquier caso, no fue el suyo un gesto dialogante y por ello resultaba más extraño en un Galdós que tanteaba caminos regeneracionistas. La prontitud con que procedió al anular su abono, indica también lo atento que estuvo a los juicios urgentes de la prensa en las horas inmediatas al estreno. La columna editorial de actualidad que bajo el título “Hojas del calendario” se insertaba como sección fija

en primera plana de *El Español* (fig. 3), el 1 de febrero se dedicó a la inesperada reacción de Galdós:

LA BAJA DE GALDÓS. D. Benito Pérez Galdós se ha borrado de la lista de suscriptores de nuestro periódico. El gran novelista ha tomado determinación semejante a consecuencia de haber sido EL ESPAÑOL uno de los diarios madrileños que no han tenido por justo entusiasmarse con su drama *Electra*. Sentimos la baja. No hemos de ocultar nuestra amargura al hacerla pública. Ni los mas ruines y villanos de nuestros enemigos estamos seguros que nos harán la injuria de suponer que nuestro sentimiento lo produce la pérdida pecuniaria que para nuestra administración supone la peseta con que nos favorecía cada mes el portentoso autor de los *Episodios Nacionales*. Nuestra tristeza la produce el vernos víctima de su enojo; nuestra amargura, que el enojo revista manifestación tan inadecuada a la grandeza de ánimo del dramaturgo insigne. [...] La baja del eminente escritor se produce sin que nosotros hayamos atentado contra sus intereses de autor dramático. Se produce porque con todo respeto hacia su personalidad egregia y con toda energía hacia los procedimientos empleados, manifestó un ilustre compañero nuestro su disconformidad con una obra elevada por la generalidad de los críticos a las cimas de una inmortalidad gloriosa. Cabía la réplica si a tanto condescendía el admirable creador de *Doña Perfecta*; cabía la queja amistosa e íntima, si la contrariedad producida reclamaba algún desahogo. Pero no podíamos sospechar que los resquemores de un hombre como don Benito eligieran para manifestarse tan mísera vía... La libertad de su criterio en asuntos de arte se mide para nosotros ¡oh tristeza! en diez perras gordas mensuales.

De cualquier modo que sea, en esta casa no se extingue el culto que de antiguo profesamos al gran maestro; seguiremos proclamándole, pese a todas sus flaquezas humanas, inmortal y divino; ni admiración ni afecto hemos de escatimarle en lo sucesivo; pero con la misma constancia y con todos los respetos, hemos de seguir afirmando que ELECTRA es un engendro indigno de su inspiración magnífica. Será acaso digno de los que lo aplauden; pero no es digno de Galdós.

En este comentario editorial las posiciones de *El Español* contra *Electra* se endurecían respetuosamente, anunciando una ruptura irreversible. Sus irónicas pero respetuosas objeciones destruían la imagen de Galdós como intelectual orgánico del liberalismo templado, y son el primer indicio firme de su desplazamiento hacia la izquierda antidinástica, mientras Maura se había de mover en dirección opuesta, bajo el lema de la “revolución desde arriba”.

El episodio tuvo su estrambote con la intempestiva intervención de Ramiro de Maeztu en *El País*,¹²¹ increpando a Canals más de lo que defendía a Galdós y a su dramaturgia. En un artículo del que no hizo mención Inman Fox,¹²² camuflado en la parte central del periódico, el futuro ideólogo de la Hispanidad atacaba al redactor de *El Español* con airada xenofobia negando que los hispanoamericanos “engendrados bajo la infamia del látigo” pudieran tener “sensibilidad artística”:

...He leído el artículo que usted, escribió, señor Canals, contra el drama de Galdós. Y de nuevo la invencible tendencia de mi espíritu me obliga a preguntarme. ¿Por qué hace usted esas cosas?

Sé que ocupa usted en *El Español* un cargo bien remunerado, y que el periódico de don Germán Pantoja es hoy el órgano de la Compañía de Jesús.

Pero usted no es clerical, ni comulga, ni confiesa, ni asiste a misa. Al menos nadie le ha visto nunca entrar en una iglesia. Y vuelvo a preguntarme: ¿Por qué hace usted esas cosas? ¿Por razones idénticas a las que promovieron su entrada en *El Español* después de haber colaborado en la tremenda campaña de *El Nacional* contra don Germán Gamazo? Pero, señor, ni el cocido, ni nada, excusa ciertas cosas.

¿Que no le ha complacido literariamente la obra de Galdós...? ¡Si en *Electra* se ha condensado, en cristalización gloriosa, todo el espíritu de un gran hombre que usted confiesa admirar tanto! [...]

Me pregunto por tercera vez ¿Por qué hace usted eso...?

Ya sé que para usted los periodistas vienen a ser como los cocheros, que van a donde les manda quien les paga. No comparto su concepto del periodismo; y ni aún admitiéndolo se exculpa su actitud. Bueno que hiciera usted cuanto le ordenaran los siniestros personajes que inspiran *El Español*... ¡pero dejándoles la responsabilidad de su conducta odiosa!

...Y sólo encuentro una explicación: la de que es usted puertorriqueño, criollo, hispanoamericano.

Y la explicación es suficiente. Los que aplaudimos *Electra*, los que poníamos en el triunfo de Galdós toda nuestra alma, sedienta de una Patria mejor, éramos españoles. El destino de este pobre pueblo, es nuestro destino; su porvenir, el nuestro; cuanto hay de noble y de generoso en nuestras almas está capitalmente interesado en que se arraigue en las conciencias el símbolo de *Electra*.

Usted es extranjero. Ni le interesan nuestros triunfos, ni nuestras caídas. Para usted, España, no es la Patria, sino el campamento. Nosotros caminamos hacia una idea superior; usted, a su negocio.

Todo se explica: ¡al fin, criollo!

Canals había nacido en Puerto Rico, hijo de un funcionario catalán, en 1867, y murió en Barcelona (1938).

Maura en sus cartas a Galdós se mantuvo discreto después del estreno de *Electra*. Por supuesto, no tuvo el mal gusto de aludir al incidente de *El Español*. Cuando el escritor le envió el ejemplar dedicado de “su tempestuosa *Electra*”, respondió con benevolencia el 29 de marzo, en espera de “echar algunas parrafadas sobre los barullos de este invierno”,¹²³ aunque, según testimonio de Luis Morote en 1906, mostró algún gesto de disgusto en público:

La otra tarde oía yo al Sr. Maura hablar con tono despectivo de la obra dramática de Pérez Galdós que más adentro ha penetrado en el corazón del pueblo español. Combatía Maura al Gobierno, al anticlericalismo, a la ley de Asociaciones, a la libertad de cultos, con su grandilocuencia acostumbrada, y al buscar causa y origen de toda esa sacudida en el campo liberal, atribuía la culpa, yo diría la gloria, de tan

magna resurrección a *Electra*, esa comedia que fue en triunfo por todos los ámbitos de la Península, como bandera de batalla de los ejércitos progresivos de la sociedad española. *Esa comedia*, decía el señor Maura, y al nombrarla empleaba en el tono, en la actitud y en el gesto cierto desdén, que no sé si se refería a la labor artística de *Electra*, o a su contenido, a su símbolo, o a su filosofía y moral.¹²⁴

Maura siguió guardando las formas con Galdós, incluso en 1907, cuando, ya diputado republicano, el entonces presidente del Consejo le manifestaba su “afecto invariable... que ni aún se enoja, como debiera, de verle marchar *descarriado*.”¹²⁵ La difícil coyuntura política de 1909 acabó situándolos en polos opuestos”.

¿Y Salvador Canals? Entregado desde enero de 1901 a sacar adelante la ambiciosa revista *Nuestro Tiempo*, ya en su número primero, publicado antes de *Electra*, había incluido un ameno artículo de diez páginas firmado por Navarro Ledesma dedicado a la obra de Galdós.¹²⁶ Las circunstancias determinaron que en el número 2 (febrero 1901) D. Benito mereciera un segundo estudio, esta vez del mismo Canals, dedicado a justificar sus objeciones a *Electra* mediante un análisis minucioso del argumento, los caracteres y el simbolismo del controvertido drama:

Sería negar la evidencia el negar que este drama, no precisamente como tal obra literaria, ha tenido éxito inmenso, el mayor y más ruidoso de los últimos quince años. Soy testigo de mayor excepción en ello, porque declaro que ningún artículo mío, ni siquiera alguno que me costara varios días de cárcel, me ha proporcionado tantas felicitaciones ni tantos anatemas como la crónica que en *El Español* escribí al día siguiente del estreno. Hasta de personas ajenas a todo asunto literario, he recibido demostraciones de que conocían el suceso teatral y mi actitud respecto de él. Un honrado comerciante amigo de uno mío lo encuentra y le pregunta adónde va:

—A ver a Salvador Canals.

—Pero ¿usted trata a ese hombre que se ha metido con Galdós?

Entro en el estanco, donde habitualmente compro mis provisiones de humo y de correo, y el estanquero me interpela:

—¡Pero Sr. Canals! ¿Por qué ha hecho usted eso?

Y podría citar cien hechos análogos. Respeto al público como quien en su comunión diaria lo ha hecho todo y ha logrado cuanto es, y por esto quisiera que estas páginas de NUESTRO TIEMPO tuvieran una circulación extraordinaria y que todos las leyera de buena fe, y si al cabo de ellas no se reconociera que soy reaccionario ni enemigo de Galdós; que mis pareceres acerca de *Electra* responden a un juicio sereno e independiente de toda pasión circunstancial, rompería esta pluma pecadora, que cuando más la necesito. Se rebela a expresar leal e íntegramente mi pensamiento.

Creo que hay en *Electra* un drama de Galdós, al que, por razones que no comprendo, ha añadido su autor detalles de lenguaje y escenas enteras indignos de él, y creo que aquel drama, despojado de todo esto, no es un drama contra la reacción ni favorable a ella, sino una obra de arte que no hubiera entendido ni aplaudido el público que se ha

entusiasmado con lo que en ella sobra, pero que sería digna de figurar entre las demás producciones del insigne maestro...

Canals rechazaba, entre otras cosas, el desenlace porque no le parecía que el espectro de una monja fuese un recurso escénico coherente para resolver un drama contra el clericalismo:

Hay que combatir el clericalismo, su intrusión perturbadora en el hogar y en la sociedad civil; pero no se puede hacer esto provocando peligros mayores ni entregando el problema a las muchedumbres ineducadas del teatro o de la calle, y mucho menos contradiciendo con añadidos y arrequives efectistas la esencia espiritual de una creación dramática...¹²⁷

Once meses después en *Nuestro Tiempo* el veterano periodista Eduardo de Lustonó sacó a la luz un fragmento de *El hombre fuerte*,¹²⁸ drama juvenil en verso de Galdós que estaba en su poder desde 1870. Pretendía puntualizar ciertas declaraciones de don Benito en *El Imparcial* a (14-1-1902) en las que aseguraba que los versos de la pastorela de *Alma y Vida* (acto II, XIII) eran los primeros que habían salido de su mano. Lustonó sólo publicó algunas escenas y reprochaba al autor que no se decidiera a recuperarlo en un momento en que tenía abiertas de par en par las puertas de los teatros que se le cerraron treinta años atrás. ¿Tuvo algo que ver esta publicación con el episodio anterior? ¿Por qué Galdós, tan puntilloso y sensible en otras ocasiones, calló y no hizo nada por recuperar este drama? No sé si la publicación de este fragmento era homenaje o ganas de exasperar al escritor. Lo cierto es que a partir de aquí *Nuestro Tiempo* guardó silencio sobre sus actividades literarias aunque, por alusiones en el epistolario de Maura sabemos que no se habían roto las relaciones personales entre don Benito y el puertorriqueño.¹²⁹ Lo que sí parece extinguido es todo compromiso de Galdós con los restos del regeneracionismo liberal.

Así parece confirmarlo otro episodio inmediato de 1901. Galdós ganaba protagonismo periodístico no sólo por la inagotable secuela noticiera de *Electra*, que a veces invadía la sección de sucesos, sino tras la difusión de su análisis de la realidad española en *La Nueva Prensa Libre* de Viena.¹³⁰ En él criticaba los repetidos pactos históricos del liberalismo con el carlismo, sustancia de la política española en el XIX, y consideraba la posibilidad de una nueva guerra civil en la que la reacción debería salir definitivamente derrotada. Así los mítines y protestas anticlericales desencadenados en junio de aquel año por los republicanos Lerroux, Blasco Ibáñez, Junoy, etc. contaron ya con una mínima adhesión de Galdós (Rodrigo Soriano, por ej., se atribuyó su representación en el mitin del día 23 en Madrid).¹³¹ Hay adhesión más precisa en la carta que don Benito dirigió a *El Cantábrico* (Santander) donde venía a reconocer que para resolver las dolencias de España era inútil pretender sustraerse a la política. Eso sí, una política ideal, sin profesionales ni privilegios de clase, “aplicación práctica de los deberes y derechos de todos”. Con tal concepto no le importaba que los agasajos que había recibido en Santander por parte de republicanos y librepensadores fueran calificados de políticos. Porque, en asuntos de interés general, había un punto de coincidencia en que se identificaban y hermanaban todas las opiniones:

Si los manifestantes acogieron con demostraciones tan entusiastas “a quien no ha figurado nunca en las líneas avanzadas de la política”, fue porque vino a congregarnos una idea en la cual van estando conformes los españoles, produciendo un estado de opinión que ha de ser incontestable para resolver el problema. Nos ha unido y nos unirá más cada día el amor a la libertad de pensamiento, nos une también el temor a la

oscuridad de que estamos amenazados y que acabaría por sumirnos en triste ceguera si no pudiéramos cerrar el paso a las tinieblas vaporosas en que quieren envolvernos.¹³²

En 1901 Galdós, rota su relación periodística con Gamazo y Maura, formaliza mediante esta carta abierta una primera aproximación explícita a los fogosos republicanos radicales, herederos del zorrilismo o del federalismo —antaoño tan denostados por él— que comenzaban a medir sus fuerzas para la gran asamblea de 1903. La Unión Republicana, en la que todavía no se integró, que recuperó a republicanos históricos como Salmerón y a regeneracionistas errantes como Joaquín Costa, supuso el primer paso para la Conjunción republicana y socialista que habría de presidir don Benito al final del decenio. De muchos pasos intermedios de este proceso fue la prensa registro fiel.

En su deslizamiento hacia la izquierda, Galdós, tan pronto cumplía con antiguas fidelidades político-literarias rindiendo homenaje a José Echegaray con motivo de su premio Nobel (marzo de 1905), como afirmaba sus lazos con los jóvenes intelectuales revisionistas, adjetivo con que cubrieron sus desnudeces regeneradoras muchos talentos dispersos que, ingenuamente, trataron de influir en la política de aquel momento sin entrar en ella. Ambas intervenciones, que recibieron puntual cobertura periodística, respondían a un mismo impulso optimista:

Sea esta solemnidad —*decía en honor del dramaturgo*— antídoto contra el pesimismo desgarrador, delirio de nuestro tiempo, que ha entrado aquí como una epidemia, como una moda lúgubre, traída de los infiernos, moda que consiste en pintarnos las caras de negro para que unos a otros nos inspiremos horror y acabemos por declararnos la más depravada gente del mundo, raza descompuesta y concluida, a la que debe poner la Historia su tremendo Aquí yace.

Este punto de pureza juvenil que nunca abandonó a Galdós le hizo meterse en la aventura de *La República de las Letras*, otra esforzada empresa que en su breve vida tuvo poca consistencia, pero que hoy es un referente precioso de la actividad literaria e ideológica de hace un siglo en plena “guerra literaria” modernista, donde Galdós propuso un programa de periodismo ideal que apuntaba a la función social del arte, mediante una prensa literaria que fomentara la actividad, la paciencia y la tolerancia, alternativa a la gran prensa absorbida por “materias de necesidad primaria” (política y economía).¹³³

Galdós, seducido por sus jóvenes amigos revisionistas, se unió a ellos en junio de 1905 en otro gesto izquierdista pre-republicano, para mostrar su desacuerdo con el nombramiento de Montero Ríos como jefe de gobierno, encabezando el manifiesto “El País y la política”, impreso en hoja suelta precisamente en los talleres de *La República de las Letras*.¹³⁴

Muy atado por el compromiso de dar fin a la cuarta serie de *Episodios*, la aproximación al Partido republicano se aceleró a partir de la promulgación de la conflictiva Ley de Jurisdicciones. Fue en la prensa donde Galdós dio indicio epistolar de su adhesión a la campaña republicana contra la pena de muerte, que M. Ángeles Varela —en su sugerente libro *Galdós regeneracionista*— considera el primer paso de su integración en dicho partido. Sus discursos y cartas políticas posteriores habitualmente registrados en los periódicos han dado lugar a colecciones utilísimas, como la de Víctor Fuentes, aunque sin duda aún queda material por localizar, difundir e interpretar. En la prensa hay vestigios de la entrega que Galdós puso en el cumplimiento de sus tareas parlamentarias, como el episodio de su celo obstruccionista, que

tanto sorprendió al conservador *Azorín*,¹³⁵ contra el proyecto maurista de Administración local, en 1908. Tanta fuerza moral acumuló como parlamentario republicano que, una vez más, sirvió de acicate al propio Rodrigo Soriano como puede leerse en su artículo “El buen D. Benito”¹³⁶ donde el autor simulaba reponerse de un fingido desánimo parlamentario, prendido en los hilos argumentales de un nuevo “episodio nacional” urdido por el animoso novelista:

Ir, venir, discutir; ¿para qué? Iremos, volveremos, peharemos, agotaremos nuestros pulmones y echaremos el hígado si es preciso. ¡Por usted todo, noble y generoso Don Benito! [...] Si usted lo quiere, vayamos al Parlamento...

Son poses, sin duda, urgencias ideológicas efectistas, pero esto es lo que calaba en el lector afín. Galdós pretendía asumir la opinión popular, como ocurrió con su actitud contra la guerra del Riff en 1909 —premonitoria, en una interviú de junio—,¹³⁷ donde advertía de “una guerra a plazo fijo con Marruecos” que supondría un nuevo atentado contra los intereses del pueblo español que rechazaba “tan detestable empresa”; y definitivamente acusadora, en sus manifiestos de 26 de septiembre y 6 de octubre,¹³⁸ reproducidos en todos los periódicos antes de la caída de Maura, donde una ambigua referencia a la victoria en el primero, se convertía en patriotismo desinteresado —“puro manantial de roca”— para pedir “la paz honrosa”, en el segundo.

La prensa nunca dejó de ser fuente ineludible y espejo, más o menos engañoso, de las circunstancias que rodearon su candidatura al Nobel, su dirección del Teatro Español, la suscripción nacional de sus últimos años...

Literatura y política, transfiguración artística y función cívica se mezclaban, para componer en los periódicos una imagen de Galdós verdaderamente mítica. Testimonio memorable fue el poema electoral que Eduardo Marquina le dedicó en las páginas de *España Nueva* días antes de su elección en abril de 1907 (*fig. 4*). Todos los tópicos regeneracionistas del modernismo triunfante puestos en pareados alejandrinos, se concentran en esta olvidada joya de los fecundos tópicos de la “Ecce Hispania” y de la epifanía del hombre nuevo que encontraremos, años después, en la lírica neo regeneracionista de Antonio Machado:

I
 ...Y, temblando la mano de patriótico odio
 ha firmado el maestro su mejor Episodio.

Años ha que, en el alma, llevaba el Argumento
 Y un caso de amor invencible y violento:
 “Alma Patria”, en el drama, se llama la heroína;
 vive entre unas cadenas, con ambiente de ruina;
 su túnica romana cuelga toda en harapos,
 su hispánica bandeja se deshace en guiñapos;
 unos viejos la acucian con caricias seniles,
 unos mozos la esquilman, traficantes y viles;
 le han vendado los ojos, le han atado las manos,
 todos hacen con ella contubernios villanos;
 corres, como una lepra, por su piel la miseria,
 y ya, como ramera, van a sacarla a feria!

¡Atrás... fornicadores sin fe, chusma bellaca!
Que aún nos queda la pluma y aún nos queda la faca:
La razón y la sangre; la pólvora y la mina;
Toda la voluntad, con toda la doctrina,
Los maestros y el pueblo! ¡Siempre unidos, avanzan
Con los que más desean los que menos alcanzan!

II

Resuenan, de alma patria en las negras prisiones,
Los huesos macerados y las lamentaciones;
Corre el pueblo en su auxilio; pero el camino es duro,
Subterráneo, y no acierta a orientarse en lo oscuro.
¡Y entonces... tú, maestro, con tu postrer escrito
renovando el fervor del prometeico mito,
dejas tu asilo austero, dejas la paz de casa,
pides al tiempo heroico, decidido, una brasa,
y, blandiendo la antorcha tu puño jacobino,
a los libertadores les muestras el camino!

III

Una renovación regenera las filas:
hay luz, hay esperanzas en todas las pupilas;
no sientes, viendo cómo cae lo viejo en escombros,
las chispas de la antorcha que te queman los hombros;
la sombra que proyectas la recoge la Historia
y envuelve en ella al pueblo como en manto de gloria.
—Así, lleno de amor y valiente de odio,
has escrito, maestro, tu mejor Episodio.
“República” proclama la página postrera;
y tu Musa se ha armado de una lanza guerrera,
y tu obra se remoza como una profecía,
y, altivo heraldo de ella, pasa, abriéndote vía,
para que España en ti se renueve y se eduque,
el General, en quien el pueblo se hizo Duque!

Envío

Sea mi voz, en esta grandeza de tu gesto,
para el himno futuro, estrambote modesto,
¡oh maestro, el primero que decidido instauras,
en el oprobio quieto del ciclo de los Mauras,
sobre el fango de España conservadora y vil,
la majestad de encina de la idea civil

E. Marquina

El inventario razonado y cronológico de las abundantes referencias de prensa en una base de datos abierta que admita una fácil interacción entre investigadores es una de las tareas pendientes para estimar todavía mejor el papel de Galdós en la vida civil española, y la respuesta que recibió de los medios informativos como difusores de noticias y creadores de

opinión. La abundancia de los datos, el pillaje informativo, la heterogeneidad de medios, los distintos focos territoriales y la distribución radial de las informaciones, con frecuencia recicladas, fragmentadas y manipuladas anónimamente que provocan frecuentes confusiones..., estoy seguro de que merecerán algún día una ordenación general.

NOTAS

- ¹ Aunque falte todavía una edición homogénea del periodismo de Galdós y sepamos poco de su modo de vivir el oficio de redactor, la investigación galdosista de la segunda mitad del siglo XX ha superado las limitaciones de la edición pionera que Alberto Ghirardo preparó para la editorial Renacimiento (luego C.I.A.P.) en los diez volúmenes de *Obras inéditas* (1923-1930). Son básicos los trabajos de William H. Shoemaker, ed.: *Crónica de la quincena by Benito Pérez Galdós*. Princeton N. J.: Princeton University Press, 1948; *Benito Pérez Galdós y la Revista del Movimiento Intelectual de Europa*. Madrid: Ínsula, 1968; Los artículos de Galdós en *La Nación*, 1865-1866, 1868. Madrid, Ínsula, 1972; *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa*, de Buenos Aires. Madrid, Eds. de Cultura Hispánica, 1973. José Schraibman: «Galdós colaborador de El Omnibus», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 9 (1963) pp. 289-334. Leo J. Hoar, Jr.: *Benito Pérez Galdós y la Revista del Movimiento Intelectual de Europa*. Madrid, 1865-1867. Madrid, Ínsula, 1968. Roger L. Utt: «Galdós' early journalism in Madrid and the Las Novedades (dis-) connection:», AG, XIX (1984), pp. 71-85. Brian J. Dendle: «Galdós en El año político», AG, XIX (1984), pp. 87-99. José Pérez Vidal: *Galdós, años de aprendizaje en Madrid, 1862-1868*, 1987, Santa Cruz de Tenerife, Vicepresidencia del Gobierno de Canarias. M^a Pilar Palomo, ed.: *Movimientos literarios y periodismo en España*, 1997, Madrid, Síntesis, pp. 220-225. M^a del Pilar Martínez Pinacho: *La prensa como fuente y subtema de los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós*, 1998, Madrid, Fundación Universitaria Española. El biógrafo Pedro Ortiz-Armengol, además de abundante acopio de datos y notas, da cuenta en breve panorama de los estudios sobre Galdós y el periodismo, en *Vida de Galdós*, 1996, Barcelona, Crítica, pp. 152-155.
- ² B. Pérez Galdós, *Memoranda*, O. C. VI. 1941, Madrid, Aguilar, p. 728.
- ³ Estas colaboraciones quincenales le reportaban quinientas pesetas cada dos meses, según los cálculos de William H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa*, de Buenos Aires. Ed. cit. p. 40. Por analogía, resulta interesante el testimonio de Luis Bonafoux a propósito de las crónicas de Rubén Darío coleccionadas en *España Contemporánea* (1900) en las que, por cierto, el nircagüense reprochaba a Galdós su fecundidad: “Hacer arte con la actualidad en general, y con la madrileña en particular, es hacer encaje con virutas. Bien que [Rubén] ya puede hacer milagros, porque le paga ochocientos francos por cuatro crónicas al mes La Nación de Buenos Aires. En Madrid cobraría Rubén Darío ocho duros por las cuatro”. Cfr. Luis Bonafoux, «Poetas», en *Casi críticas*. Rasguños. París: Ollendorff, [1914], p. 89. Según Enrique Gómez Carrillo, fuera de los grandes diarios madrileños —*El Liberal*, *El Imparcial* y *El Herald*—, ningún otro llegaba a pagar cinco duros por una crónica y Unamuno no cobraba más de quince pesetas por artículo firmado (cf. «De Re Literaria: Anodinismo enervante» (*El País*, 21-1-1901, p. 3). Para matizar estas afirmaciones recuérdese que, en los primeros años del XX, Valle-Inclán cobraba en los *Lunes de El Imparcial* diez duros por colaboración (cfr. *Entrevistas, conferencias y cartas*; ed. de Joaquín y Javier del Valle-Inclán. Valencia, Pre-textos, 1884, p. 92). En años anteriores Pardo Bazán y Clarín por dos a cuatro colaboraciones literarias al mes en *Los Lunes* estarían muy cerca de lo que Galdós cobraba en *La Prensa*, aunque la media anual de artículos publicados por aquéllos era sensiblemente inferior —frente a una media superior a veinte artículos anuales para Galdós en *La Prensa*, entre 1884 y 1890, Clarín en *Los Lunes* publicó ocho, y doce doña Emilia en el periodo 1891-1900, lo que les obligaba a multiplicar sus colaboraciones en diversos periódicos.
- ⁴ Aunque concluya que es una contradicción muy difícil de dilucidar, Peter A. Bly se ha cuestionado el hecho de que Galdós, en ocasiones, parecía ofrecer visiones de sucesos españoles en tono más optimista cuando escribía para el lejano público bonaerense, y en otro más pesimista cuando lo hacía para sus lectores inmediatos que desconocían sus contribuciones a *La Prensa*. Cfr. «Benito Pérez Galdós: noventayochista desencantado antes del 98», en Leonardo Romero Tobar (ed.), *El camino hacia el 98 (Los escritores de la Restauración y la crisis del fin de siglo)*. Madrid, Fundación Duques de Soria/Visor Libros, 1998, pp. 124-125. En tal sentido baste recordar algunos ejemplos como la imagen durísima, denigrante, del ministro Antonio Alcalá Galiano, muerto de un derrame cerebral después de los sucesos de la Noche de San Daniel en su revista de *La Nación* (23-4-1865), y la visión benévola que ofrecía del mismo en su correspondencia de *La Prensa* bonaerense (19-3-1884), elogiando su ingenio, su prodigiosa elocuencia y su simpatía amenísima. En el mismo caso está su antipatía hacia la procesión madrileña del Viernes Santo, evocada en 1865 en términos esperpénticos y caóticos, como un escandaloso conjunto híbrido de fanatismo y descaro, con algo de drama terrorífico y de sainetón que unía “al escarnio cierta repugnancia patibularia”, entre turbas sacristanescas, “clérigos, militares, mujerzuelas y rateros” que parecían

“arrastrar a una víctima a un auto de fe”. Veinte años después, para argentinos, la descripción seguía siendo crítica, pero había perdido agresividad verbal representada como una manifestación, chocarrera y estrafalaria, del gusto plebeyo que por irreverente debería ser prohibida por las autoridades civiles y eclesiásticas. Observaciones comparativas como éstas permiten investigar sistemáticamente en el sentido de que Galdós reservaba su arrogancia más radical para comprometerse ante la opinión española, pero adecentaba la imagen “nacional” ante lectores remotos.

- ⁵ Sobre cuento en la prensa véase Mariano Baquero Goyanes, *El cuento español en el siglo XIX*. Madrid, C.S.I.C., pp. 158-171; y Ángeles Ezama Gil, *El cuento de la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*. Zaragoza, Prensas Universitarias, 1992.
- ⁶ Cuantitativamente, Galdós cultivó el cuento en escasa medida. La justa para ensayar innovaciones estructurales en la representación del juego entre realidad-fantasia y, quizás, para dar rienda suelta a desahogos creativos cuyo origen no hace al caso. Doña Emilia Pardo Bazán, que lo conocía bien, sospechaba que don Benito no construía a gusto en límites reducidos. Seguramente ella, que dominaba a la perfección la elaboración del relato mínimo, quería decir que Galdós no escribía cuentos de columna y media exclusivamente para la prensa diaria, de aquellos que distribuía la Agencia Almodóbar por todo el ámbito nacional, aunque los pocos que escribió se publicaran en periódicos, más de uno fragmentado en varios números por su larga extensión. Pero de esto lo único que se puede concluir es que se resistió a producir cuentos en serie, en perjuicio de su bolsillo, pero en beneficio de su coherencia artística. No fue el “cuento” un recurso de subsistencia, sino de conocimiento y aventura de la imaginación. Algo tan personal que los vino a publicar en libros a regañadientes y casi de tapadillo, como confiesa en su prólogo a *La sombra*. Sus cuentos son experiencias narrativas irrepetibles, dejando al margen los problemas de ajuste entre el periodismo y la creación literaria, que eran problemas de medio o soporte material. En la configuración de los sistemas expositivos y expresivos de la prensa periódica de la 2ª mitad del XIX, el medio condicionaba la extensión, y ésta quizás la estructura narrativa y la densidad conceptual. Pero en el caso de Galdós, el concepto de sus escasos cuentos destinados a los periódicos, era tan libre como el de cualquier relato “autónomo” concebido como resultado de un proceso interno de carácter estético Cfr. sobre los cuentos galdosianos: A. E. Smith, *Los cuentos inverosímiles de Galdós en el contexto de su obra*, 1992, Barcelona, Anthropos, pp. 17-28. Julio Peñate Rivero, *Benito Pérez Galdós y el cuento literario como sistema*, 2001, Zaragoza, Pórtico.
- ⁷ Jesús Rubio Jiménez, «Desde mi celda, “impresiones de viaje” de la “Arcadia moderna”», *El Gnomo. Boletín*. Boletín de estudios becquerianos, 10-11 (2001-2002), p. 85.
- ⁸ SPE, 1846, p. 16.
- ⁹ Veinte años después los textos firmados por Galdós en la “Revista de la semana” de *La Nación* eran mucho más extensas. Según Shoemaker iban de 450 a más de 6.500 palabras. (*Los artículos de Galdós en La Nación, 1865-1866, 1868, 1972*, Madrid, Ínsula, p. 13). Yo calculo una media de 12.000-14.000 cars. y unas tres mil palabras.
- ¹⁰ De acuerdo con la periodicidad de *El Museo Universal* las revistas fueron quincenales hasta 1859, y semanales a partir de 1860. Las firmaron periodistas de muy diversa ideología: Nemesio Fernández Cuesta, León Galindo y Vera, Gustavo A. Bécquer, Ventura Ruiz Aguilera, Francisco Giner de los Ríos, Nicolás Díaz Benjumea y Narciso Campillo. Este último sirvió de transición a la Ilustración de Abelardo de Carlos, aunque llegó a colaborar en los primeros números de *La Ilustración de Madrid*. Al extinguirse *El Museo*, sus sucesores de *La Ilustración Española y Americana* continuaron desarrollando el género con ayuda de periodistas señeros: la “Crónica contemporánea” (en seguida “Crónica” a secas) de Julio Nombela encabezaba las páginas de *La Ilustración Española y Americana* en sus primeros meses de vida, continuada por José de Castro y Serrano, Antonio Benavides y otros. Hacia el final de 1870 hacía su aparición Emilio Castelar con su “Revista Europea”, epígrafe repetido en diversas publicaciones. Simultáneamente Isidoro Fernández Flórez uno de los mejores cronistas del último tercio de siglo recurría al título “Ecos” (que generalizaría Asmodeo -Navarrete- en *La Época*) para la sección de actualidad de *La Ilustración de Madrid* de Eduardo Gasset, en alternancia con Florencio Janer, J. Efebé (Fernández Bremón) y Roberto Robert La “Crónica de la quincena” de Galdós coexistió con dicha sección ya en la última fase del periódico (1872).

Las Revistas evolucionan, se depuran, incluso sustituyen su nombre genérico en los periódicos diarios. Isidoro Fernández Flórez (Un Lunático) limitaba el alcance de la revista general que cerraba cada número de *Los Lunes de El Imparcial* en 1874 dejando el título en su expresión toponímica más concisa: “Madrid”. En marzo de 1876 esta sección alcanzaba su plenitud y pasaba al lugar de honor en la primera columna del suplemento, donde la mantuvo su sucesor Ortega Munilla a partir de 1879, continuada en 1891 por Federico Urrecha. Munilla elevó aquellas notas iniciales a verdaderas crónicas literarias, hasta el punto de hacer un volumen con ellas, albergando ilusiones no del todo satisfechas de ser reconocido en este campo, por lo que se deduce de la carta que dirigió a Galdós con motivo de su aparición. Los suplementos de *La Época*, hacia 1879-1880 se abrían con un título más analítico: “Crónica de Madrid” o “La semana en Madrid”, que firmaba habitualmente Alfredo Escobar, aunque a veces se filtraban en estas páginas semanales algunos “Ecos” de Asmodeo. Semanarios gráficos innovadores en el fin de siglo, como Nuevo Mundo, compaginaron durante algún tiempo secciones-sumario de la actualidad (“Historia de la semana”) al frente de sus páginas literarias de acontecimientos, junto a crónicas literarias firmadas por Salvador Canals o por Dionisio Pérez en las páginas de papel cuché bajo el título de “Madrid” con manchetas tipográficas art nouveau. Hacia 1914 la fórmula se había extinguido.

Hay una cierta proyección jerárquica de ciudades: París sobre Madrid, Madrid sobre Barcelona... Parece que estas revistas requerían sustancia madrileña si nos atenemos a que Julio Nombela (1880) o Fernanflore (1888) en la *La Ilustración barcelonesa* del editor Luis Tasso, o en *La Ilustración Ibérica*, respectivamente, escribía sus crónicas semanales de Madrid (“Revista de Madrid” o “Carta de Madrid” y “Madrid”) para lectores barceloneses. La Ilustración artística sustituyó su “Revista de Madrid” firmada en 1883 por Pedro Bofill, por una más ajustada. Costumbre que todavía perduraba en 1901 en la revista ilustrada en color *Iris*, del editor Molinas, concebida en Madrid, en cuya sección de actualidad “Lo que pasa” se informó encomiásticamente del estreno de *Electra* (9-2-1901). Todos ellos adaptando su visión de la actualidad al rigor de las circunstancias

En el fin de siglo comenzaron a ensayarse revistas del día, lo que parecía una contradicción. El día era la instantaneidad, la revista el sosiego distanciador. Por ello la persistente presencia de estas revistas en el ámbito diario provocan incluso su transformación tipográfica, hasta convertirlas en textos breves de extrema actualidad, precedentes remotos de las actuales “columnas”, que consistían en comentarios selectivos de asuntos aislados, de impresiones fugaces. Por poner algún ejemplo recordaremos los “Avisos de éste” de Martínez Ruiz; las “Volanderas” de Manuel Bueno (1899) en *El Globo*, o los “Día y noche” de Pío Baroja con el seudónimo Tack en el mismo diario (1902), las “Chácharas” de Mariano de Cavia... Un nuevo concepto novecentista nace con la serie “De sobremesa” firmada por Jacinto Benavente en *Los Lunes de El Imparcial* desde 1907, extinguida definitivamente en 1915. En este diario una “Crónica” semanal de Joaquín López Barbadillo registró la muerte de Galdós (12-1-1920). Manuel Bueno firmó “A ocho días vista” (1924), y Zamacois “Tutilimundi” (1925-1928), ambas semanales.

¹¹ Cfr. Eugenio Hartzenbusch, *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños, 1661-1870*. Madrid, 1894, p. 129; M. Ossorio y Bernard, *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*. Madrid, 1903. p. 342. A. Martínez Olmedilla considera a Galdós colaborador de *Las Novedades*, en *Periódicos de Madrid. Anecdotario*. Madrid, Aumarol, 1956, p. 150.

¹² M^a del Pilar García Pinacho, *La prensa como fuente y subtema de los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós*, ed. cit., pp. 89-90.

¹³ Almanaque del periódico *Las Novedades*, para el año de 1866. Madrid, Imprenta de Las Novedades, 1865. pp. 51-54.

¹⁴ Shoemaker, *Los artículos de Galdós en La Nación. 1865-1866, 1868*, ed. cit., pp. 293-295 y 301-303.

¹⁵ Véase Leo J. Hoar, *Benito Pérez Galdós y la Revista del Movimiento Intelectual de Europa*. Madrid, 1865-1867, ed. cit., pp. 41-45.

¹⁶ En los números de enero y febrero la indicación de edición literaria aparecía en letra redonda en la barra de datación que cerraba la cabecera, precediendo a fecha, año y n^o. A partir del 1^o de marzo se sustituye el subtítulo “Diario Progresista” por el de “Edición Literaria” en versales. Este cambio parece indicio de un deseo de dar mayor relevancia al suplemento semanal, que se entregaba gratis a los suscriptores y se vendía en cuadernillos de 25 núms. (un semestre) por 4 reales.

- ¹⁷ Emilio Nieto Pérez (1845-1906) era hijo del marqués de Guadalerzas, Matías Nieto y Serrano, médico racionalista situado en la corriente idealista del evolucionismo. Emilio Nieto se había doctorado en la Universidad Central en 1867. Publicó diversos libros y discursos sobre instrucción pública, arte y política, entre ellos *El realismo en el arte contemporáneo* (1874). Ingresó en la Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1902.
- ¹⁸ Véase «Advertencia», el lunes 20-7-1868, donde se explica que siendo imposible dar amenidad al número de los domingos se suspendía por algún tiempo su publicación, distribuyendo entre semana “algunos de los trabajos literarios que acostumbrábamos recopilar en él”.
- ¹⁹ Estos asuntos, según Galdós, eran: política exterior e interior, viajes célebres, grandes conquistas del comercio y la industria, acontecimientos literarios mundiales, movimiento intelectual y bibliográfico de España, teatros, galería de notabilidades contemporáneas, salones y espectáculos caseros donde se propagaba el arte y el buen gusto, reformas urbanas, arquitectura pública y privada, exposiciones de artes e industrias, defunciones célebres, noticias anticipadas de obras literarias y de cuadros en preparación así como “algo de murmuración”. «Crónica de la quincena», *La Ilustración de Madrid*, 15-1-1872, p. 3.
- ²⁰ «Revista de la Semana», *La Nación* 24-5-1868.
- ²¹ Galdós todavía en 1910 recurre a su antigua experiencia en el oficio de revistero cuando en el cap. II de *Amadeo I* a propósito de la descripción de la reina doña María Victoria, se replantea la cuestión de la veracidad de la crónica periodística y propone enmendarla con la visión literaria de Tito. ¿Dónde está la veracidad? ¿En la revista inmediata o en la versión literaria y distanciadísima del Episodio? ¿Dónde se retoca o enmienda la visión del acontecimiento histórico? El Galdós de 1910 se plantea la cuestión de la imposible veracidad: “Vi la regia procesión palatina entre filas de tropa y grandes masas de gentío curioso. Pensaba decir en mi crónica que en las caras del pueblo se combinaba la curiosidad con la indiferencia, y que el sentimiento general era de lástima más que de simpatía. En esto no decía la verdad. Oí comentarios en extremo favorables. Las mujeres, sobre todo, contemplaban a la Reina con alegría y con cierta confianza la saludaban, cual si en ella vieran la más alta de sus iguales. No sé si me explico bien. Al paso de la ilustre dama se discutía su hermosura. Algunos la ensalzaban con exceso; otros la deprimían con esta crítica pesimista, que es la miel más grata en bocas españolas. Yo, dejando a un lado la reseña oficial escrita para mi periódico, daré a los beneméritos lectores de estas páginas la veraz impresión de un honrado testigo...” (*Amadeo I*. Madrid, Suc. de Hernando, 1910, p. 31)
- ²² Shoemaker, *Los artículos de Galdós en La Nación. 1865-1866, 1868*, ed. cit., pp. 529-530. También reproduce la primera parte de esta revista M^a Pilar García Pinacho, *La prensa como fuente y subtema de los Episodios Nacionales de B. Pérez Galdós*. ed. cit., pp. 87-89.
- ²³ «El lenguaje literario se encuentra con un espacio, el periódico, con un público sensibilizado por la actualidad y con una realidad histórica a la que es preciso adaptarse para sobrevivir. Los géneros literarios sufren fuertes transformaciones con este motivo. [...] La prensa y los géneros literarios son dos actividades socioculturales condenadas a compartir el espacio cosmovisionario de una actualidad que es materia y referente de sus creaciones y en la que se recogen las circunstancias socioculturales y las expectativas que tales circunstancias suscitan en los diversos grupos sociales que tienen conciencia de encontrarse inmersos y afectados por tal actualidad.» Cfr. Julián Ávila Arellano, «La prensa y los géneros literarios en la etapa realista», en M^a Pilar Palomo, ed., *Movimientos literarios y periodismo en España*, ed. cit., pp. 233-235.
- ²⁴ José Pérez Vidal, «Acercamiento a La Fontana de Oro», *Actas del Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, I, 1978, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, p. 219.
- ²⁵ B. Pérez Galdós «Revista de la Semana. Alarma en Madrid.—Agradables noticias de las provincias.— El anticipo y la desamortización de los bienes del Real Patrimonio», *La Nación*, 16-3-1865.
- ²⁶ Para Hinterhäuser (*Los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós*, 1963, Madrid, Gredos, p. 136) el novelista fue un ejemplo característico de la intencionada falta de compromiso y al mismo tiempo del despreocupado optimismo con que la prensa burguesa del XIX trataba el problema social: Un ejemplo de la

«Revista de la Quincena»: “Se edifican casas, palacios, mercados, teatros y hasta iglesias. Esto, unido al portentoso lujo de este invierno en los saraos y salones, nos obliga a no dar completo crédito a los que sin duda con doble intención, nos pintan con terribles colores el mísero estado de los jornaleros y de los que viven de la pequeña industria. La verdad es que si prescindiendo de lo que un día y otro nos dicen sus entremetidos defensores nos acercamos a ellos para preguntarles por su suerte, sacaremos en limpio que no les va tan mal...” (cfr, Shoemaker, *Crónica de la quincena*, p. 98)

Galdós reserva su seriedad para las “Revistas de política anterior” en *Revista de España*: “Estos artículos son las únicas fuentes positivas que tenemos sobre las concepciones políticas del joven escritor.”

²⁷ «Crónica de la quincena», *La Ilustración de Madrid*, 30-4-1872.

²⁸ León Galindo y Vera (1820-1889) colaboró con Aparisi y Guijarro en *El Papa y Napoleón* (1860). Escribió una memoria sobre el Progreso y vicisitudes del idioma castellano (1863), premiada por la RAE. Como jurista contribuyó a ampliar el *Diccionario razonado de legislación y jurisprudencia* de Joaquín Escriche (1874). Véase Antonio Pau Pedrón, *Don León Galindo, entre leyes y palabras*, 1999, Madrid, Seminario Jerónimo González.

²⁹ José Pérez Vidal, *Galdós. Años de aprendizaje en Madrid. 1852-1868*, 1987, Santa Cruz de Tenerife, Vicepresidencia del Gobierno de Canarias, p. 135.

³⁰ «Folletín. Revista de Madrid», *La Nación*, 1-6-1865.

³¹ «Bécquer comentarista político», loc. cit., p. 697.

³² Dionisio Gamallo Fierros, *Páginas abandonadas. Del olvido en el ángulo oscuro (Prosa y verso)*, 1948, Madrid. Ed. Valera.

³³ G. A. Bécquer, «Revista de la Semana», *El Museo Universal*, 14-1-1866.

³⁴ «Para apartar más por completo la atención de lo que pasa a nuestro alrededor, trasladémonos de un salto del lado de allá de los mares [...] En Chile la cuestión española se mantiene in statu quo... —escribía Bécquer en su Revista del 14-1-1866 tras mostrar su escepticismo ante la avalancha noticiara, «las mil y mil absurdas noticias que circulan, producto de la fantasía de los noveleros de oficio...» Los lectores ideales que perseguía eran los que abstraídos «en la contemplación de las cosas grandes, de los problemas sociales y científicos que la humanidad trata de resolver, viven en una atmósfera más serena, y no desvían un momento su atención del asunto que les preocupa para ver el motín que pasa por debajo de sus balcones. Pocas son estas personas, pero para ellas escribimos...». Un análisis más detallado de la labor de Bécquer en sus revistas de *El Museo Universal* en mi libro *Literatura y poder. 1834-1868*, 1971, Madrid, Alberto Corazón, pp. 127-150; y en el posterior trabajo de M^a del Pilar Palomo: «Bécquer, comentarista político», Teresa Martínez de Sas et al. eds., en *Haciendo historia. Homenaje al profesor Carlos Seco*, ed. cit., pp. 689-704. Los textos íntegros de las «Revistas» han sido publicados recientemente por Marie-Linda Ortega, *La tarea conjunta de los hermanos Bécquer en El Museo Universal (1862-1869)*, 2003, Berna, Peter Lang, pp. 173-301.

³⁵ Leopoldo Alas, Clarín, *B. Pérez Galdós. Estudio crítico-biográfico*, 1889, Madrid, Fernando Fe, p. 30.

³⁶ J. Ortega Munilla, «Pérez Galdós» *La Diana*, 1 (2-2-1882); reproducido en *El Imparcial*, (6-2-1882, y fragmentariamente el 8-2-1897).

³⁷ Jean-François Botrel, «Le succès d'édition des œuvres de Benito Pérez Galdós. Essai de bibliométrie (II)», *Anales de literatura Española*. Universidad de Alicante, 4 (1985), p. 65.

³⁸ «Don Benito», *El Imparcial*, 8-2-1897. Reproducido en *Grandes y chicos* (Valencia, Pascual Aguilar, 1899).

³⁹ «La modestia falsa vale más que la vanidad descarada; la modestia verdadera es un tesoro. Galdós tiene ese tesoro. Le tratáis un día y otro, años y años: su modestia resiste a todas las pruebas; no hay brecha

posible en la vanidad de este hombre... porque no hay vanidad. » Clarín, «Propaganda. Del estilo en la novela (Conclusión)», *Arte y Letras*, 5 (Barcelona, 1-12-1882), p. 35.

⁴⁰ Clarín, B. Pérez Galdós. *Estudio crítico-biográfico*, ed. cit., pp. 30-32. De la difusión de esta imprecisa espiritualidad galdosiana en la prensa puede verse «Galdós, místico» artículo publicado en *Crónica de Santander* y reproducido en *Heraldo de Madrid*, 12-10-1898. p. 3.

⁴¹ Cfr. «Galería Nacional. Don Benito Pérez Galdós». *El Resumen*, 14-6-1889, p. 1; «Galería Popular. Pérez Galdós» en *El Pueblo*, Valencia 18-11-1897, p. 1. T. C., «Perfil. Pérez Galdós», *El Español*, 4-1-1899; J. León Pagano, Entrevista para *La Rassegna Internazionale*, recogida en *Al través de la España Literaria*. Barcelona, Maucci, 1904, II, pp.95-96; José de Laserna, «Notas de viaje. Apuntes telegráficos. En casa de Galdós», *El Imparcial*, 30-7-1902.

Luis Morote, «En Santander. Oyendo a Pérez Galdós», *Heraldo de Madrid*, 31-8-1903, reproducido parcialmente en *El Globo*, 1-9-1903, p. 2;

Azorín, «Veraneo sentimental. En “San Quintín” con el maestro Galdós», *España*, 5-8-1904; M. Ciges Aparicio, «Al caer la tarde», *España Nueva*, 10-8-1907.

Al día siguiente de ser elegido académico, *El Resumen* le dedicaba su sección Galería Nacional (retrato y breve semblanza biográfica). En este periódico se había publicado poco antes (2 de abril) un dibujo de Pons que mostraba a Galdós dibujando en el proceso de la calle Fuencarral. Dicha nota insistía en los tópicos de discreción, parquedad en el hablar y laboriosidad:

“Pérez Galdós es canario, y sin agraviar al Sr. de León y Castillo, se le puede considerar como el canario más sonoro porque habla poco y escribe mucho. Novelas artículos, correspondencias para América, proyectos de contestación al discurso de la Corona, todo sale de su pluma y le queda tiempo para pintar cuadros, hacer dibujos, politiquear en El Correo, despachar en Trasatlántica donde tiene un empleo, asistir como diputado a las sesiones del Congreso, y como curioso a las del juicio oral cuando son importantes.

Esta abundancia de tiempo de que dispone, consiste en que es soltero, madruga mucho y trasnocha poco. No va al teatro nada más que por la tarde, a sociedad nunca y a los conciertos siempre que puede.

Veranea en Santander, viaja todos los años por Inglaterra y Alemania, y su sueño dorado consiste en establecer en Madrid una librería a su gusto.

Y la establecerá, porque hasta ahora ha conseguido todo lo que ha querido.

En lo único que le ha contrariado la suerte, ha sido en hacerle célebre. Pero no tiene más remedio que resignarse.”

A veces los apresurados redactores banalizaban los términos de la fuente matriz, como ocurre con la semblanza anónima de la “Galería popular” del diario republicano *El Pueblo*:

“Galdós es la negación más completa de las relaciones que se suponen entre el aspecto físico y la valía intelectual. Quien no le haya visto personalmente, tardaría en reconocer en su cabeza modesta, vulgar y poco expresiva, al primer novelista español...”

Parece que Tomás Carretero hubiera tenido presente la fórmula clariniana en el «Perfil» con retrato a plumilla, —de perfil, claro está—, que le dedicó en *El Español* a principios de 1899, cuando se publicó *De Oñate a La Granja*: «D. Benito es un señor alto, enjuto, moreno y pálido, con los ojos chiquitos, negros, que lleva siempre entre los labios un cigarrillo de papel, colocado en una boquilla de cartulina y pluma. Como tipo no tiene nada de particular. Una señora marquesa o condesa le preguntó un día a Arturo Mérida, refiriéndose al novelista: “¿Quién es ese maestro de obras que siempre pasa con usted por aquí?” [...] Pocas veces se ve al insigne escritor y el que no le conoce, ni siquiera se fijará en él. [...] Para aquel señor inadvertido no pasaba nadie que él no viese. [...] Nuestro gran Galdós, fuerte, constante, trabajador y artista, es de aquellos hombres a quien Richter llamaba “genios madres”...»

Tampoco se aleja mucho del modelo la imagen que nos dejó el ensayista argentino José León Pagano, a fines de 1900: «La conversación se deslizó con animada vivacidad, lo cual quiere decir que he tenido suerte, porque es menester advertir que el rasgo más característico de Galdós es no hablar. [...] Pérez Galdós habla con una sobriedad tal, que a veces llega a desconcertar; y si se le pregunta algo acerca de él mismo, la conversación decae completamente. [...] No es muy amigo de confidencias; él da al público sus novelas, no su persona. Y, con frecuencia, prefiere escuchar lo que otro dice, antes que hablar él. Cuando lo hace, se advierte en toda su persona no sé qué indolencia, que, se traduce en sus gestos raros, aunque sus ojos penetrantes y dulces expresen con frecuencia la fina y maliciosa ironía que tan grande papel desempeña en su obra de novelista. Es alto, el bigote caído, de aspecto bonachón y sencillo. De seguro que, a no conocerle, no se sospecharía lo que es».

La insistencia en reforzar esta imagen de un Galdós hombre de la calle, modesto y discreto, genera tópicos entre sus visitantes. Uno de los más socorridos es el que nos presenta al Galdós hortelano que cultiva su jardín santanderino. Así nos lo presenta el redactor de *El Imparcial* José Laserna, cuando lo visitó en julio de 1902: «D. Benito estaba en la huerta. Allí le sorprendí descansando algunos momentos del rudo trabajo mental que le absorbe desde la cinco de la mañana, en que se levanta, hasta las nueve de la noche, en que se acuesta. Echaba el maestro un vistazo al fresal, regaba las plantas, inspeccionaba el gallinero evocando en mi memoria la figura de D. Benito, como Juan Jacobo, cultiva su jardín».

En el mismo motivo insistía Luis Morote en su visita de tres días, a finales de agosto del año siguiente, al encontrarse con un novelista tan laborioso y metódico en su trabajo como desaliñado en su indumentaria: «Todos los días a la hora en que el sol templaba sus rayos y empieza a esparcir su sombra por el jardín de la finca [...] Galdós empuña la regadera, una regadera muy grande y muy pesada, con que da a beber abundantemente a sus flores, a sus árboles frutales, a sus hortalizas, todo bien cuidado por los brazos diligentes de Rubín, el compañero inseparable del artista. Y después, hacha en mano, se aplica D. Benito a partir leña, en un alarde no buscado de fuerza, de robustez, de salud. La mayor parte de las tardes, su placer favorito, inocente ocupación, en que goza como un muchacho, consiste en hacer un gran montón de ramas, de yerbajos, de cajones y hasta de trastos viejos, y prenderle fuego».

Tampoco se privó Azorín, en su visita de 1904 como cronista viajero del diario *España* de referirse a la huerta con sus seis u ocho cuadros de coles, pimientos, tomates, patatas; un laurel, una malvarrosa, seis perales y un tablar de fresones, sin olvidar la hora del riego y el gusto de hacer hogueras. El tópico seguía creciendo cuando lo visitó en 1907 el periodista Manuel Ciges Aparicio, que trabajaba entonces para *España Nueva*. El Galdós familiar enfrascado en regar las plantas del huerto y quizás algo incómodo ante las visitas, «tan sencillo, tan agnóstico y tan trivial» no parecía el gran Pérez Galdós que el mundo admiraba.

⁴² Jacinto Benavente, «La última novela de Pérez Galdós. (Notas de un lector)», *El Globo*, 7-6-1897, p. 1.

⁴³ Julio Burell, «Dominical. Mendizábal. Nuevo Episodio», *Heraldo de Madrid*, 20-11-1898, p. 1.

⁴⁴ Cf. Brian J. Dendle, «A speech by Galdós (1904)». *Anales Galdosianos*, XIX (1984), p. 79.

⁴⁵ Cfr. Marón, «El pleito de Galdós», *El Pueblo*, 11-1-1895, p. 1

⁴⁶ Cfr. Cecilio Alonso, «Acerca del entorno editorial y literario de Blasco Ibáñez en Valencia», en Manuel Chust, ed., *De la cuestión señorial a la cuestión social. Homenaje al Profesor Enric Sebastià*, 2002, Valencia, Universitat, p. 298.

⁴⁷ En esta sección, entre octubre y diciembre de 1897, a modo de homenajes, se incluyeron breves semblanzas de veintiocho personajes del XIX, de diversa condición, vivos y muertos, españoles y extranjeros, con los que se pretendía componer un conjunto de modelos de diversos campos de actividad (políticos, militares, científicos, periodistas y literatos). Se incluyeron en las dos últimas categorías, abrumadoramente mayoritarias, por este orden: Maupassant, Leopoldo Alas, Flammarion —poeta del cielo—, José María Escuder, Rochefort, Eusebio Blasco, Juan Arolas, Luis Morote, Edmundo de Amicis, Rodrigo Soriano, Pérez Galdós, Miguel Moya, Emilia Pardo Bazán —la única mujer—, Lord Byron, Bécquer, Fernández y González, Espronceda, Pereda —en prueba de tolerancia, pese a las distancias políticas—, López Silva, Félix Pizcueta, Daudet y Coppée.

⁴⁸ «Nuestra Biblioteca», *El Pueblo*, 3 de junio de 1898.

⁴⁹ José Luis León Roca, *Vicente Blasco Ibáñez*. 4ª ed. Valencia, 1990, pp. 233-234.

⁵⁰ Nicolás de la Nuez y José Schraibman, *Cartas del Archivo de Galdós*, ed. cit., pp. 125-139.

⁵¹ Apud. Josette Blanquat, «Au temps d'Electra. (Documents galdosiens)», *Bulletin Hispanique*, p. 272.

⁵² «Pérez Galdós. Su persona», *El Español*, 21-2-1900.

⁵³ Lorena, «Volanderas. Galdós en París», *El Globo*, 21-2-1900.

- ⁵⁴ «Galdós en París», *El Liberal*, 23-2-1900.
- ⁵⁵ Antonio Palomero, «Hablando con Galdós», *El Liberal*, 14-4-1900.
- ⁵⁶ Pedro Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, 1996, Barcelona, Crítica, pp. 335-337.
- ⁵⁷ «Prólogo» a *Los Condenados (1894)*, *Obras Completas*, V, 1942, Madrid, Aguilar, 726 b.
- ⁵⁸ Cfr. Carmen de Zulueta, Navarro Ledesma, 1968, Madrid, Alfaguara, p. 292.
- ⁵⁹ Carta de Galdós, 9-12-1877. En E. Varela Hervías, *Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos*. Madrid, Sección de cultura e información del Excmo. Ayuntamiento, 1943. pp. 29-30.
- ⁶⁰ Galdós escribió su primera carta a Ortega el 13 de abril de 1879, felicitándolo por la publicación de *La Cigarra* y animándolo a perseverar “en la más espinosa de las carreras literarias”. Se reprodujo en «Bibliografía», *Los Debates*, 15-4-1879, p. 1.
- ⁶¹ Berenguer, *op. cit.*, p. 508.
- ⁶² «Política exterior» (20-4-1874); «Sobre los bocetos al temple de D. José María de Pereda» (1-1-1887); «La medicina y la literatura. Carta al Doctor Fausto»: «Stratford-on-Avon. The Home of Shakespeare. I.», 28-5, y 4, 6, y 18-16-1894.
- ⁶³ Hasta la crisis de *El Imparcial* en 1879 el suplemento de *Los Lunes* registra seis reseñas de libros de Galdós, firmadas por Manuel de la Revilla (*Episodios nacionales. Zaragoza*, 8-6-1874); Patricio de la Escosura, *Arapiles*, 14-12-1874; Urbano González Serrano (*Doña Perfecta*, 31-7-1876), y Francisco de A. Pacheco (*Doña Perfecta*, 10-7-1876; *El Gran Oriente*, 2-10-1876, y *Gloria*, 26-2-1877).
- ⁶⁴ Ruth Schmidt, «José Ortega Munilla: Friend, critic and disciple of Galdós», *Anales Galdosianos*, V, 1971, pp. 109-111.
- ⁶⁵ Los textos de las cartas de Ortega Munilla en Sebastián de la Nuez y José Schraibman, *Cartas del Archivo de Galdós*, 1967, Madrid, Taurus, pp. 181-223.
- ⁶⁶ Carta de 16-10-1879, en Sebastián de la Nuez y José Schraibman, *Cartas del Archivo de Galdós*, ed. cit., p. 188.
- ⁶⁷ De la Nuez/Schraibman, carta V de Ortega Munilla, *op. cit.*, p. 191
- ⁶⁸ *Ibid.* id., Carta XV, 9-3-1882, p. 198
- ⁶⁹ Carta XXII, de 11-5-1884, en De la Nuez/Schraibman, en *Cartas del Archivo de Galdós*, ed. cit., p. 208.
- ⁷⁰ *Ibid.* id., p. 194.
- ⁷¹ Véase carta de Ortega Munilla a Galdós (17-9-1897) donde se habla de la conveniencia de publicar *El abuelo* en el folletín de *El Imparcial* para reforzar la propaganda de los *Episodios Ilustrados* en dicho diario. Sebastián de la Nuez y José Schraibman, *Cartas del Archivo de Galdós*, ed. cit., p. 217.
- ⁷² J. Ortega Munilla, «Galdós y sus “Episodios”», *Los Lunes de El Imparcial*, 6-12-1897.
- ⁷³ Esta fue la razón por la que disminuyó la atención crítica de Ortega Munilla a Galdós, observada por Ruth Schmidt, «José Ortega Munilla: Friend, critic and disciple of Galdós», loc. cit., p. 111, n. 14. La actividad pro-galdosiana de Urrecha está documentada en una carta de Tolosa Latour (28-1-1894) al día siguiente del estreno de *La de San Quintín*: “Vi a Pepe [Ortega Munilla] que lloraba de alegría y a Urrecha que hacía lo de la manifestación. Todos los redactores de *El Imparcial* y Rafael Gasset muy satisfechos.” (De la Nuez/Schraibman, en *Cartas del Archivo de Galdós*, ed. cit., p. 304). Sin embargo poco después, tras el

estreno de *Los condenados*, Urrecha que había pasado a la redacción de *Heraldo de Madrid* se convirtió en uno de los periodistas más denostados por Galdós, tras haberse presentado en el camerino de Carmen Cobeña para aconsejarle que retirara la obra del cartel y con el fin de que los reseñistas pudieran guardar silencio sobre el fracaso (cfr. Carmen de Zulueta, Navarro Ledesma, ed. cit., pp. 285, 319-320).

- ⁷⁴ Alfonso Armas Ayala, «Aspectos biográficos de Galdós. Gente Nueva». *Actas del IV Congreso Galdosiano*. Las Palmas: Cabildo Insular, 199 pp. 287-303.-Peter Bush, «Galdós y Vida Nueva», Monteagudo. Publicación de la Cátedra Saavedra Fajardo. Univ. de Murcia, 68 (1980), pp. 5-11. Al primero le faltó establecer una cronología suficientemente ordenada del paso de Soriano por las diversas redacciones de periódicos en que estuvo, e interpretó el contenido de las cartas sin contrastarlo con otras fuentes. El segundo da por supuesto que Galdós escribió para *Vida Nueva*, aunque fuera poco, y lee incorrectamente varios pasajes del epistolario, en particular la fecha de la carta relativa al enfrentamiento con Cámara que sitúa en 1899, y el título del cit. libro de Soriano *Grandes y chicos* (1899) que él transcribe como *Grandes y únicos*.
- ⁷⁵ Cfr. Mascarilla (seud. de Alfredo Escobar Ramírez): «Un libro de Rodrigo Soriano. Moros y cristianos», 29-5-1895. También: Luis Araujo-Costa, *Biografía de La Época*, Madrid, Periódicos y Revistas, 1944.
- ⁷⁶ Alfonso Armas Ayala, «Aspectos biográficos de Galdós», *Gente Nueva*, loc. cit.
- ⁷⁷ Carta de Soriano a Galdós, junio de 1899, reproducida parcialmente por Armas Ayala, art. cit., p. 297.
- ⁷⁸ Cfr. M. Ángeles Varela Olea, *Galdós regeneracionista*. Madrid, Fundación Universitaria española, pp. 85-86.
- ⁷⁹ Antonio Laguna Platero, *El Pueblo. Historia de un diario republicano, 1894-1939*. Valencia, Institució Alfons El Magnànim, 1999. p. 106.
- ⁸⁰ Ver. Brian J. Dendle, «Galdós in contest: the republicans years», *Anales Galdosianos*, XXI, 1986, pp. 33-44.
- ⁸¹ B. Pérez Galdós, *Memorias de un desmemoriado*, en *Obras completas*, VI, ed. cit., p.176^a
- ⁸² Antonio Peña y Goñi, «Crónicas madrileñas. ¡En plena revolución!», *La Época* 27-4-1895.
- ⁸³ Los manejos ocultos de Galdós para reconducir la polémica en torno a *Los condenados* están bastante bien documentados en sus cartas a Navarro Ledesma, en las que descalifica a los reseñistas Urrecha (entonces en el canalejista *Heraldo de Madrid*) y Arimón (en *El Liberal*) cuya campaña tildaba de asquerosa (cfr. Carmen de Zulueta, Navarro Ledesma, ed. cit., pp. 285-290). Galdós en aquel asunto hubiera querido contar con el apoyo de periódicos de gran circulación como *La Correspondencia* o el *Heraldo*, pero hubo de conformarse con *El Correo*, *El Día* y *El Globo*.
- ⁸⁴ Se publicaron opiniones de Echegaray, Pereda, Eusebio Blasco, Clarín, Zeda, Valera, Pardo Bazán, Antonio Vico. Cfr. *Los Lunes de El Imparcial*, 13-7 a 10-8-1896.
- ⁸⁵ «...teatro libre, sin trabas, sin cómicos, sin estrenos y sin abonados, pensado y escrito con amplitud, dando a los caracteres su desarrollo lógico y presentando los hechos con la extensión y fases que tienen en la vida. Éste creo yo que es el verdadero teatro. [...] Conviene hacer teatro libre, es decir, teatro leído. No hay otro recurso...». En Luis Ruiz Contreras, *Semi-teatro. Pródigo. Los padres y los hijos*. Madrid, 1895, p. 8, (apud. J. C. Mainer, «Introducción» a B. Pérez Galdós, *Prosa Crítica*, 2004, Madrid, Espasa, p. XXXV.)
- ⁸⁶ Carta de Soriano a Galdós fechada en San Sebastián el 14-7-1896.
- ⁸⁷ Del pleito hubo una primera noticia en *El Imparcial* (7-12-1896, p. 3), firmada por Juan Parlante (seudónimo de Felipe Sánchez Calvo) que describía hechos escuetos y velaba nombres transparentes bajo el título «La literatura y los editores. Un pleito ruidoso.- Un novelista y su editor»: «Los tribunales

entienden actualmente en un proceso cuyos resultados han de ser de gran importancia para los literatos y los editores. El asunto de que se trata habrá de llamar la atención además porque lo que se discute asciende a bastantes miles de pesetas y porque los que litigan son un editor muy conocido y un ilustre novelista. Se trata, según nuestros informes, de una casa editorial de antiguo y prestigioso nombre, que estaba asociada hace bastantes años con un escritor que ha producido muchas y notables novelas. Parece ser que éste tenía firmado un compromiso por el cual se obligaba a entregar toda la labor literaria que produjera a la mencionada empresa editorial. En cambio el escritor percibía una cantidad determinada por cada volumen.

Todo marchaba perfectamente durante los primeros años de este contrato, cuando aún no era tan admirado del público el aludido escritor como lo fue más tarde. Llegado el momento del triunfo y de la popularidad, lo que hasta entonces había sido moderada ganancia convirtiéndose en importante beneficio, aunque nunca tan grande como corresponde al insigne creador de múltiples obras inolvidables. No sabemos por qué se le ocurrió al novelista hace algunos meses pedir cuentas del producto total de sus obras. Negose a esto el editor, y entonces fue encomendado el asunto a un conocido hombre político y abogado, que presentó la correspondiente demanda ante los tribunales de justicia. Estos han fallado en primera instancia a favor del demandante, nombrando administrador judicial y obligando al demandado a abonar una cantidad que aparece en sus libros y que según hemos oído asciende a una cifra que parecerá fabulosa a los literatos españoles. El editor, no estando conforme con este fallo, se ha alzado ante la Audiencia. Si no se llega a un arreglo entre ambos litigantes, la sentencia del proceso sentará jurisprudencia respecto al derecho de escritores y casas editoriales. Procuraremos informar a nuestros lectores de cuando suceda en este ruidoso pleito que dará no poco que hablar a la gente de toga y a los literatos. Juan Parlante”

- ⁸⁸ Cecilio Alonso, «Confluencias generacionales. Algunas notas sobre prensa diaria y literatura entre la Restauración y la Regencia», en Leonardo Romero Tobar, ed., *El camino hacia el 98 (Los escritores de la Restauración y la crisis del fin de siglo)*. Ed. cit., p. 237, n. 61. No encuentro referencia a este artículo en Jerónimo Herrera Navarro, *Bibliografía de estudios sobre Galdós*, 1998, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- ⁸⁹ Cf. Armas Ayala, art. cit., p. 296.
- ⁹⁰ Manuel de Cámara, «Comunicado», *El Imparcial*, 5-8-1897, p. 4.
- ⁹¹ Este fragmento se publicó, según referencias periodísticas de actualidad («Vida Nueva», *El Pueblo*, 14-11-1898) y Peter Bush (art. cit.) pero que no consta en la colección consultada de la HMM ni en la bibliografía de M^a Pilar Celma Valero, *Literatura y periodismo en las Revistas del Fin de Siglo. Estudio e Índices (1888-1907)*, 1991, Madrid, Júcar.
- ⁹² Ver Shoemaker, *Los artículos de Galdós en La Nación, 1865-1866, 1868*, ed. cit., pp. 500-504, y Peter B. Goldman, «Galdós y Cervantes. Two articles and a fragment», *Anales Galdosianos*, 1971, pp. 99-106.
- ⁹³ M. Ángeles Varela Olea, *Galdós regeneracionista*, ed. cit., p. 149.
- ⁹⁴ Con posterioridad, ya con Soriano fuera de *Vida Nueva*, Galdós continuó recibiendo atención a través de una reseña de *La Estafeta Romántica* en forma epistolar mimética, firmada por B. Delbrouck (nº 75, 12-11-1899), y un estudio crítico firmado por Ángel Guerra (el canario J. Betancort Cabrera (11-2-1900), apenas un mes antes de que desapareciera el semanario regeneracionista.
- ⁹⁵ Pról. a *Los condenados*. O. C. VI, ed. cit., p. 726 a.
- ⁹⁶ Véase carta de Galdós fechada el 25 de mayo de 1899, en Sebastián de la Nuez, «Maura y Galdós», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 20 (1974), p. 37.
- ⁹⁷ El 23 de junio de 1901, mientras Galdós viajaba a Santander, Soriano en el Salón variedades de Madrid aseguraba “traer la representación de Galdós” y el espíritu de *Electra*. Cfr. «Meeting anticlerical», *El Imparcial*, 24-6-1901.

- ⁹⁸ Véase en el archivo de la Casa-Museo Pérez Galdós, la carta de Soriano de 17-8-1906, en la que le comunica el hallazgo, conseguido “por conductos secretos y misteriosos que la misteriosa política proporciona”. Tenía en su casa en tres grandes cajones, ocho mil documentos, entre ellos cartas originales de Godoy, O’Donnell, Duque de Rivas, Cortina, Montpensier y Sor Patrocinio “(las de ésta revelan cosas monstruosas) ¡en fin, Don Benito! ¡er delirio! [...] Casi llenan un cajón del archivo las comunicaciones de todos los Capitanes Generales sobre la política de los años 1867 y 1868 [...] Y lo que aparece allí es interesantísimo y novísimo. ¿No podría servir para su Reina de los Tristes Destinos? Dígame Vd. lo que crea de ésto que solo Vd. y yo conocemos. Antes de entregarlo al público creo un deber el anunciárselo, un deber y un gusto, una prueba de respeto y de admiración al gran Don Benito... Usted dirá”. Peter Bush, loc. cit., pp. 10-11, sitúa esta carta en 1899 y 1900. Otras dos cartas con fecha incompleta sin año, en que habla de la documentación del Infante don Enrique, en poder de su hijo el general Borbón, parecen posteriores a 1906.
- ⁹⁹ Diego Sevilla Andrés, Antonio Maura. *La revolución desde arriba*, 1954, Barcelona, Aedos, p. 95
- ¹⁰⁰ «El Español», *Vida Nueva*, 4-12-1898.
- ¹⁰¹ «Gamazo prestamista», *Vida Nueva*, 13-11-1898. Véase también: La Duquesa de Santoña (seud. no identificado): «Gamazo acusado», *Vida Nueva*, 6-11-1898.
- ¹⁰² Dionisio Pérez, «Para El Pueblo. Picadillo. El Español», *El Pueblo* (Valencia) 16-12-1898.
- ¹⁰³ G. Reparaz, «La primera piedra», *El Español*, 18-12-1898.
- ¹⁰⁴ Jacinto Octavio Picón, «La decadencia nacional y la producción literaria», *El Español*, 17-12-1898.
- ¹⁰⁵ Véase en *El Español*, «La evolución de la crítica» (12-1-1899): F. Acebal: «Crónica del día. «Un libro nuevo» (14-6-1899); S. C[anals]: Actualidades. Cyrano de Bergerac» (21-1-1899); J. Alcaide de Zafra, «Actualidades. Rubén Darío» (10-1-1899); S. Canals, «La conferencia de la Pardo (Impresiones a distancia)» (19-4-1899); «Necrología. Juan Ochoa» (1-5-1899).
- ¹⁰⁶ Francisco Acebal, «Crónica. Modernismo», *El Español*, 25-5-1899.
- ¹⁰⁷ Doy el conjunto de referencias porque en buena parte no están recogidas en la bibliografía citada de J. Herrera Navarro: *Semblanzas*: T.C. «Perfil. Galdós» (4-1-1899); «Pérez Galdós. Su persona» (21-2-1899). Reseñas críticas o artículos reseña: S. Canals: «De Oñate a La Granja» (19-1-1899); S. Canals: «Luchana » (4-4-1899); E. Pardo Bazán «Crónica del día. Cabrera» (7-7-1899); T. Carretero «Nota de un lector. La estafeta romántica» (26-11-1899); T. Carretero «Notas de un lector. Montes de Oca» (7-6-1900), T. Carretero «Notas de un lector. Los Ayacuchos» (19-7-1900). Primicias: «La Campaña del Maestrazgo», caps. I, XIV y XXIV (4 y 5-6-1899); «Vergara» (21-12-1899); «Montes de Oca», cap. XX (2-5-1900); «Los Ayacuchos» (15-7-1900); «Bodas Reales», caps. IV y IX (7-11-1900); «Rura» (13-1-1901). Reportajes: M.R. Blanco Belmonte «En la Casa Galdós. Producción literaria» (11-4-1899). Artículos con referencias: E. Pardo Bazán «Crónica. Una baja» (18-5-1899); S. Canals: «De Melo a Galdós» (19-8-1899); J. Octavio Picón «Carta de un literato madrileño a uno provinciano» (4-1-1900). Folletines: «Marianela» (1ª entrega 25-11-1899). Teatro: «Electra» (15-1-1901); S. Canals «Crónica de teatro. Electra» (3-1-1901); «Hojas del calendario. La baja de Galdós» 1-2-1901).
- ¹⁰⁸ Sebastián de la Nuez, «Maura y Galdós», loc. cit., p. 34.
- ¹⁰⁹ «En los últimos años [...] los órganos de la opinión admiten gustosos capítulos de novela próxima a publicarse, o recién publicada, como un fácil anuncio, que los autores agradecen, echando siempre muy de menos, dentro y fuera del periodismo, la atmósfera literaria. Después recae nuevamente el olvido sobre los pobres frutos del ingenio, que han de abrirse camino como Dios les dé a entender...» («Prólogo» a *Los Condenados* (1894), en *Obras Completas*. Ed. cit., 726 a). En realidad Galdós tenía pocos motivos de queja pues en torno de la aparición de sus novelas y del estreno de sus obras teatrales, se solía caldear el ambiente, sobre todo en los periódicos más afines.

- ¹¹⁰ Tomás Carretero, «Notas de un lector. La estafeta romántica» *El Español*, 26-11-1899. Véase de la misma firma: «Notas de un lector, Montes de Oca», *El Español*, 7-6-1900 y «Los Ayacuchos», *El Español*, 19-7-1900.
- ¹¹¹ S. Canals, «Notas al margen. De Oñate a La Granja», *El Español*, 19-1-1899.
- ¹¹² S. Canals, «Notas al margen. Luchana», *El Español*, 4-4-1899; y «Crónica. De Melo a Galdós», *El Español*, 19-8-1899.
- ¹¹³ Emilia Pardo Bazán, «Crónica del día. Cabrera». *El Español*, 7-7-1899.
- ¹¹⁴ Mariano de Cavia, «Columna volante», *El Imparcial*, 30-5-1898; Zeda, «Lecturas de la semana. Zumalacárregui», *La Época*, 7-6-1898; F. Navarro Ledesma, «Zumalacárregui», *El Globo*, 6-6-1898
- ¹¹⁵ M. R. Blanco-Belmonte, «En la casa Galdós. Producción literaria». *El Español*, 11-4-1900.
- ¹¹⁶ Jean-François Botrel, «Le succès d'édition des œuvres de Benito Pérez Galdós. Essai de bibliométrie (II)», loc. cit., pp. 46-47 y 56.
- ¹¹⁷ J. F. Botrel, «Le succès d'édition des œuvres de Benito Pérez Galdós. Essai de bibliométrie. I y II», loc. cit., 3 (1984), pp. 119-157, 4 (1985), pp. 29-66.
- ¹¹⁸ Luis Zozaya, «De Arte. En el taller de Amalio», *La Correspondencia de España*, 15-1-1901.
- ¹¹⁹ Salvador Canals, «Crónica de teatros. Electra», *El Español*, 31-1-1901, p. 2. Reproducida por Theodore A. Sackett, *Galdós y las máscaras. Historia teatral y bibliografía anotada*, p. 153
- ¹²⁰ A. J. Pereira, «Los estrenos. Español. Electra», *El Nacional*, 31-1-1901; Zeda (seud. de F. Fernández Villegas) «Veladas teatrales. En el Español.- Electra, drama en tres actos y en prosa, original de D. Benito Pérez Galdós», *La Época*, 31-1 y 2-2-1901. También: «Galdós en la prensa», *El País*, 2-2-1901, p. 2.
- ¹²¹ Ramiro de Maeztu, «¡Al fin, criollo! Para D. Salvador Canals», *El País*, 2-2-1901, p. 2)
- ¹²² E. Inman Fox, «“Electra” de Pérez Galdós (Historia, literatura y la polémica entre Martínez Ruiz y Maeztu)», en *La crisis intelectual del 98*, 1976, Madrid, Edicusa, pp. 49-72. Curiosamente en el artículo de Martínez Ruiz que dio lugar al extraño ataque de Maeztu contra el monovero, se hace mención a que éste “se ha enemistado con El Progreso porque se le obliga a firmar un artículo contra Salvador Canals” quien, al parecer, era amigo de ambos (Fox, ed. cit., p. 69). Cabría sospechar que algunos de estos ataques entre colegas en periódicos personalistas o confesionales, eran ejercicios convenidos de provocación ideológica a terceros que, al no darse por aludidos, convierten muchos textos periodísticos en enigmas para nosotros. El propio Maeztu confesaba en carta a Navarro Ledesma haber declarado su simpatía por los bizkaitarras solo para “irritar” el españolismo del polígrafo toledano (cfr. Carmen de Zulueta, Navarro Ledesma, ed. cit., p. 327).
- ¹²³ Sebastián de la Nuez, «Maura y Galdós», loc. cit., p. 43.
- ¹²⁴ Luis Morote, «Prim», *Heraldo de Madrid*, 13-11-1906.
- ¹²⁵ Sebastián de la Nuez, loc. cit., p. 49.
- ¹²⁶ Francisco Navarro Ledesma, «Grandes figuras. Don Benito Pérez Galdós. Apuntes para un estudio», *Nuestro Tiempo*, 1 (enero 1901, pp.89-98).
- ¹²⁷ Salvador Canals, «Crónica de Teatros. Electra. —Drama en cinco actos de D. B. Pérez Galdós, estrenado en el Teatro Español en la noche del 30 de enero—. *Nuestro Tiempo*, 2. Febrero 1901, pp. 308-322.

- ¹²⁸ Eduardo de Lustonó «El primer drama de Galdós». *Nuestro Tiempo*, 13 (1902), pp. 155-165.
- ¹²⁹ Canals parece que sirvió de enlace entre Galdós y Maura en los pasos previos para la elección de éste como académico. Cfr. Sebastián de la Nuez, «Maura y Galdós», loc. cit., p. 45.
- ¹³⁰ Cfr. «Un artículo de Galdós», *El País*, 8-4-1901, p. 3. Texto completo en B. Pérez Galdós, «El artículo de Galdós. La España de hoy», *Heraldo de Madrid*, 9-4-1901. Josette Blanquat, «Au temps d'Électra (Documents galdosiens)», *Bulletin Hispanique*, LXVIII (1966), pp. 253-308.
- ¹³¹ «Meeting anticlerical», *El Imparcial*, 24-6-1901.
- ¹³² «Una carta de Pérez Galdós», *El Imparcial*, 29-6-1901, p. 1. Reproducida por Manuel Hernández Suárez, *Bibliografía de Galdós I*, 1972, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 521-522.
- ¹³³ B. Pérez Galdós, «La República de las Letras», en *La República de las Letras*, 6-5-1905.
- ¹³⁴ Cfr. Cecilio Alonso, *Intelectuales en crisis. Pío Baroja militante radical*, 1985, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, pp. 30-31.
- ¹³⁵ Azorín, «Impresiones parlamentarias. El maestro Galdós», *ABC*, 22-3-1908. También: «Lo que hace Galdós en el Parlamento», *La Época*, 23-3-1908; y carta de Galdós a Rafael Calzada, *España Nueva*, 29-3-1908.
- ¹³⁶ Rodrigo Soriano, «¡Pobre Parlamento, El buen D. Benito!», *España Nueva*, 27-5-1909.
- ¹³⁷ «España en Marruecos. La opinión de Galdós», *España Nueva*, 18-6-1909.
- ¹³⁸ Cfr. Víctor Fuentes, *Galdós demócrata y republicano (Escritos y discursos 1907-1913)*, 1982, Santa Cruz de Tenerife, Cabildo Insular de Gran Canaria / Univ. de La Laguna, pp. 79-84.